

# La Esfera

Año II \* Núm. 96

Precio: 50 cénts.



RETRATO. por Francisco Pons Arnau

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

**LA PAPELERA ESPAÑOLA**

**UNA  
PASTILLA VALDA**

**EN LA BOCA  
ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION**

de las afecciones de la Garganta, Corizas,  
Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

**ES LA DESAPARICION INSTANTANEA**

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

**ES LA RAPIDA CURACION**

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA

**PEDIR, EXIGIR**

en todas las farmacias

**LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA**

que son ÚNICAMENTE las que se venden  
en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C<sup>ia</sup>  
Barcelona.

Fórmula:  
Mentolol . . . . . 0.002  
Eucalyptol . . . . . 0.0005  
Azúcar-Goma.

**"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"**

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

**ORTIGOSA Y COMP.<sup>a</sup>, Rivadavia, 698, Buenos Aires**

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.<sup>a</sup>, únicas personas autorizadas.

**COMPRE USTED LOS MIÉRCOLES  
"Mundo Gráfico"**

**IMPORTANTE**

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber a los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como  
-:- -:- -:- artísticos, que los solicitados -:- -:- -:-

*Lea Ud. todos los meses  
la interesantísima revista*

**Por Esos Mundos**

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro  
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas  
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

**PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA**

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**  
**PUERTA DEL SOL, 6 MADRID**



# La Esfera

Año II.—Núm. 96

30 de Octubre de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

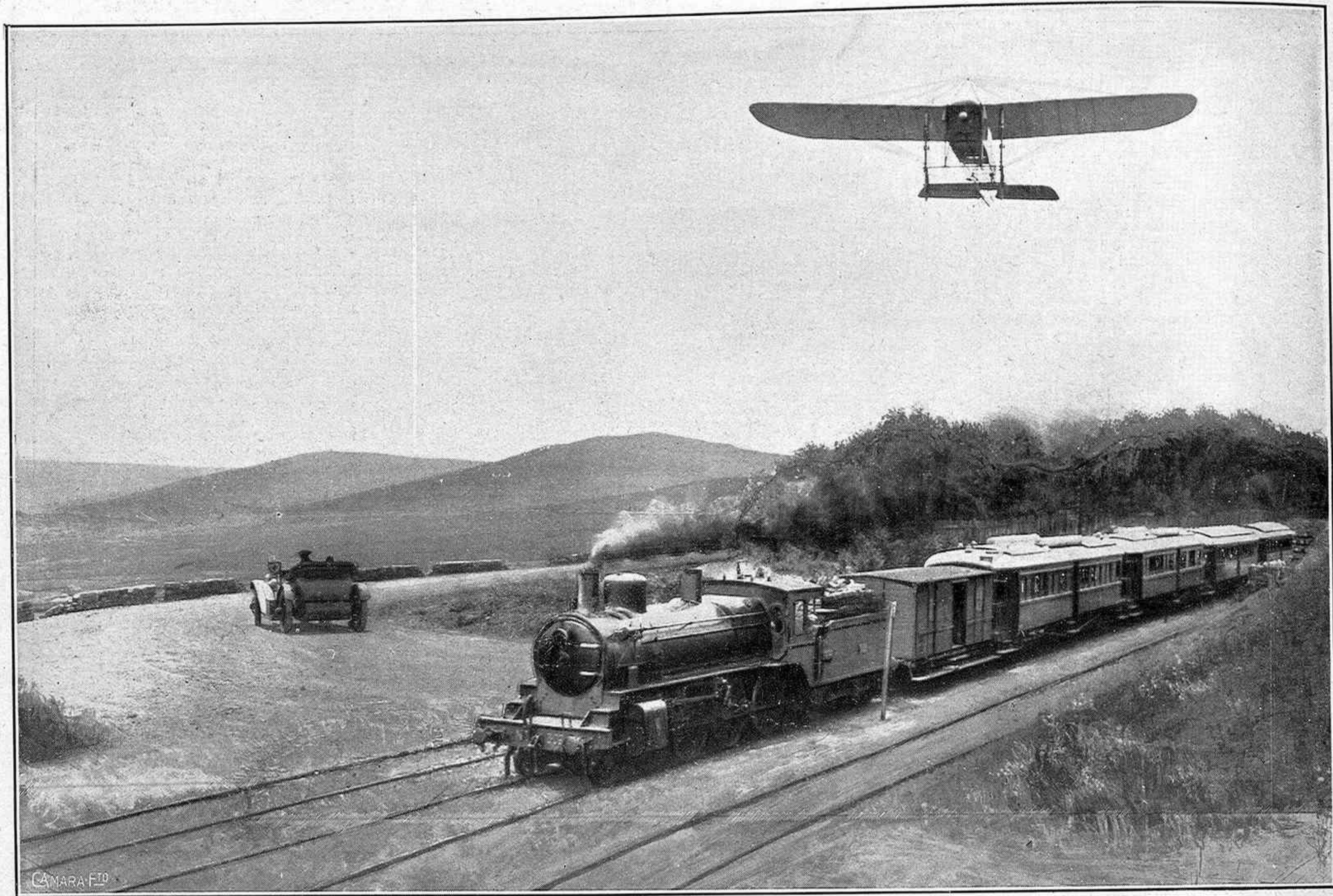


S. M. el Rey arengando á los alumnos de la Academia de Artillería, de Segovia, ante la nueva bandera regalada á dicho Centro militar por la Reina Doña Victoria

El acto de la bendición de la enseña se celebró con gran solemnidad el día 25 del corriente

FOT. CAMPUSA

DE LA VIDA QUE PASA  
EL TRIUNFO DE LA VELOCIDAD



ALGUNA vez, paseando por la Puerta del Sol, por la calle de Alcalá, por la de Sevilla —¿quién se libra en Madrid de esta complicitad tan alegre, tan pintoresca con el vagabundo y con el desocupado callejero?—, he pensado en el trabajo que costaría variar el ritmo de nuestra gente. Como casi nunca puede decirse que camina, sino que va por la calle—y en muchos casos menos aun: se limita á estar en la calle—; como esta simple y cómoda actividad es para ella hacer algo, y hay tantas cosas, comenzando por las mujeres y el cielo, que contribuyen á convertir las aceras en oficina, centro de recreo y de espectáculos; como toda contemplación exige reposo, calma, y nuestra gente no se cansa de contemplar, imagino el trastorno que sufriría si un acontecimiento cualquiera la obligara á acelerar el ritmo. El reposo y vagar que observais en Madrid tiene explicaciones tan distintas que, unas veces, os recordará el jardín de Academo y los diálogos peripatéticos, y otras, el ir y venir de aquel perro humorista de un cuento de *Clarín*.

No hay que hablar de la España campesina, ni es preciso simbolizarla en el segoviano de gramática y de pañosa parda que con tanta crueldad nos pinta Zuloaga. El labriego, el jornalero, el número en filas harán el esfuerzo necesario y marcharán á la velocidad que les impriman. Hasta llegar á ellos, que en realidad se hallan parados, estáticos, tienen que moverse muchos y marcarles el ritmo con el ejemplo.

En Julio de 1914, días antes de la guerra, hice un viaje, ligero, á París y á Londres. Unos cuantos años sin ver París me permitían juzgar del cambio experimentado por la gran capital francesa en los últimos tiempos. Las cosas eran las mismas. El encanto de las perspectivas y el carácter, conseguido á fuerza de vigilar, de conservar las bellas tradiciones urbanas no se había alterado en nada. Otras modas en los escaparates, otros títulos en los carteles, otros gri-

tos en los bulevares; pero en el fondo, igual. Lo único que observé fué un movimiento más rápido en toda la vida exterior, la que puede apreciarse en calles, estaciones, muelles. Desde la marcha de los automóviles al tráfico del Sena, desde el tránsito por los barrios trabajadores hasta las diversiones en los parques, todo revelaba la obsesión, el vértigo—ó la necesidad—de la velocidad. Era visible que París había acelerado su ritmo. Londres, superior en número y cabidad y en tantas cosas que hacen la vida limpia y plácida, me pareció que navegaba á menos presión. Quizá con mayor seguridad, pero con menos arrebato, menos tensión nerviosa. En suma, mi impresión de viajero, era que las aguas del Támesis iban más despacio que las del Sena.

Es posible que la impresión sea demasiado personal. Lo que no necesitará pruebas es que al volver á Madrid volvemos á entrar en nuestro ritmo y acaso á sentir la desesperación de encontrarnos parados. Luego nos habituamos. Tan larga fecha tienen estas comparaciones, que ya el añejo *fray Gerundio* le decía en París á su criado *Tirabeque*, embobado con las montañas rusas: «El que mucho abarca poco aprieta, y el que mucho corre pronto para». Nos buscamos otra filosofía distinta de la del ímpetu y procuramos convencernos de que la dignidad y serenidad del ánimo no marcha bien á toda velocidad.

Pero la guerra está gritándonos que hace falta ser ágiles, tener audacia física y los nervios dispuestos á rudas tensiones. Siempre fué en la guerra el triunfo de los que supieron llegar pronto, como se ve en los comentarios de César ó en las memorias de Napoleón. Y ahora llegar pronto no significa solamente la decisión de los capitanes y la agilidad y resistencia de sus soldados, sino un maravilloso mecanismo de velocidades en juego, todas imprescindibles, todas esenciales. La agilidad de entendimiento para hacerse cargo, la presteza de voluntad para tomar decisiones y la rapidez de movimientos para

ejecutarlas. Los alemanes nos han enseñado una forma de velocidad derivada de la precisión. Como se ha visto, no tiene los pies más ligeros el que pesa menos ni se mueve con más desembarazo por todos los espacios—ideales ó materiales—el que lleva menos bagaje. Al contrario. Ir deprisa hoy ha costado muchos esfuerzos lentos, mucha preparación pesada, metódica, mucho acopio de elementos que han de ser utilizados á su tiempo.

Por eso, aunque una voz milagrosa despertara en España todas las energías dormidas de la raza y el campesino segoviano saliera de su paño pardo y de su actitud contemplativa, resuelto á marchar tan deprisa como sea menester, ¿cuánto tiempo hará falta para alterar el ritmo? No faltaría quien mirando las exterioridades oficiales crea que hay una actividad, siquiera esté mal dirigida, y quien recordando las empresas de otros tiempos presente á los conquistadores como hombres de voluntad certera y rápida. Eso demostrará que no se trata de la raza sino de circunstancias pasajeras. Las hazañas de América exigieron corazones heroicos; pero no la complicada red de servicios técnicos, imprescindible para las empresas actuales. Su inteligencia, su valor, sus armas y sus caballos le bastaron á Cortés ó á Vasco Núñez de Balboa para conquistar un imperio ó para descubrir un Océano. Las hazañas de hoy son muy distintas y exigen el mismo temple de ánimo—acaso menor—, pero con otra preparación que no es solamente individual, sino también colectiva. Para la velocidad, la rapidez fulminante en la marcha de un ejército ha de coincidir tal suma de agilidad de todo orden que hoy no sería posible á un aventurero rebelde, á un Hernando Cortés separarse en cuerpo y espíritu del mando de su patria. El error de un Velázquez de Silva, la lentitud, la torpeza de cualquier mecanismo bastaría para hacerle fracasar.

Luis BELLO

EL CENTENARIO DE UNA FECHA MEMORABLE  
UN DÍA EN SANTA ELENA



El valle de Jamestown

Al mediar el mes que ahora termina, se cumplió el primer centenario del desembarco de Napoleón en la isla de Santa Elena, donde habían de extinguirse, entre nostalgias de un pasado glorioso, los seis postreros años de su vida.

Por una afortunada coincidencia, me cupo la suerte de visitar, hace diez y siete años, aquellos lugares, y para conmemorar esa fecha histórica, desgloso unas cuartillas del diario escrito entonces y las ofrezco á los lectores de LA ESFERA.

## SANTA ELENA

15 de Julio de 1898.

Amanece un día plácido, tranquilo; el barco sigue su marcha perezosa; el sol envía un rayo hasta mi litera, á guisa de saludo; todo convida al ensueño, á la *grasse matinée*, como dice esta gente.

Poco á poco las pulsaciones de la máquina se hacen más lentas; la cadena del ancla rechina sobre los tambores y cesa el movimiento. En los camarotes próximos empieza á rebullirse el pasaje; suenan timbres, golpear de puertas, pasos presurosos en los corredores y por todas partes se oye pronunciar el nombre de Santa Elena.

Me visto en un boleo, requiero los gemelos y subo á la toldilla.

Al frente, por la proa, aparece la obscura mole de la histórica isla, aún no bañada por los débiles rayos del sol naciente. Son las siete de la mañana.

De aspecto enteramente volcánico, se presenta á nuestros ojos como un macizo de rocas negras y pardas, bordeado en todo su contorno por escarpes y acantilados. En lo alto, algunas protuberancias de suave ondulación, y en una especie de cortadura triangular caprichosamente

practicada por invisibles manos, la única población de Santa Elena, Jamestown, cuyas casas y jardines ocupan un pequeño valle, muy estrecho tierra adentro y que va ensanchando progresivamente hacia la costa.

Al Oeste del poblado, los escarpes se elevan en ángulo agudo para formar el *ladder hill* ó monte de la escala, coronado por el semáforo y algunas construcciones militares, y llamado así por encontrarse tallada en su flanco una escalera de más de setecientos peldaños é inverosímil inclinación. Al Este, la *Sugar Loaf Point*, promontorio cónico que semeja un verdadero pilón de azúcar. En la rada un pontón y un velero de tres palos.

La isla de Santa Elena, situada entre los quince y diez y seis grados de latitud meridional y los cinco y seis de longitud Oeste del meridiano de Greenwich, se dice que fué descubierta en 1502 por el gallego Juan de Nova, que perdió uno de sus barcos en su abrupta costa; pero es probable que con anterioridad hubiese sido vista por algún otro navegante, como hace suponer el mapa-mundi de Juan de la Cosa, en el que aparecen cotas é indicaciones de estos parajes. De todas suertes, su situación en los mares donde soplan regularmente los alisios del sudeste, era muy favorable para los buques de vela que venían del Océano Indico en su camino de regreso hacia el Atlántico Septentrional.

A los pocos años de su descubrimiento, empezó á recibir emigrantes europeos: en 1513, algunos soldados portugueses, castigados por crimen de desertión, fueron abandonados en la isla por orden de Albuquerque, con esclavos negros, animales domésticos, provisiones, etcétera, y comenzaron á cultivar el pequeño valle donde hoy se asienta la capital que tenemos enfrente. Después de un período de completo abandono, sucedieron á estos colonos los holande-

ses en 1651. Quince años más tarde, á raíz del gran incendio de Londres, vinieron á establecerse familias inglesas arruinadas por aquella catástrofe, introduciendo con ellas esclavos africanos; y desde 1810 se han importado, con la misma categoría, cultivadores chinos y malayos. Con tantos y tan diversos elementos se halla constituida la población actual y no tiene nada de extraño que en ausencia de la blancura sonrosada que distingue á los europeos, se observe cierta gracia y esbeltez de línea en esta raza híbrida y heterogénea, como sello de procedencia más elevada.

El valor histórico de esta isla no es desconocido para nadie. El 15 de Octubre de 1815, á bordo del «Northumberland» y quizás desde el mismo sitio donde estamos nosotros en este momento, el Emperador de los franceses paseaba su mirada de acero por todo el ámbito visible de la mole inhospitalaria, donde seis años más tarde (el 4 de Mayo de 1821), había de perder la última y definitiva de sus batallas...

Pero aquello pasó y hoy día Santa Elena tiene muy poco valor en el equilibrio económico universal. Cuando eran poco frecuentes los viajes de circunnavegación y por las razones apuntadas más arriba, fué Santa Elena punto obligado de etapa y sirvió de centro postal á los marinos del Atlántico; pero con la sustitución de los barcos de vela por los de vapor y con la apertura del istmo de Suez, los mares australes están casi desiertos y la isla perdió toda su importancia. Solo sirve de escala á los trasatlánticos ingleses de la línea del Cabo y de objeto curioso y extraordinario para una expedición como la nuestra.

Terminada la reglamentaria visita de Sanidad y á bordo ya el permiso de desembarco, bajamos presurosos á tomar sitio en los botes que aguardan agrupados al pie de la escala.

Conforme vamos recorriendo á vigoroso golpe de remo, como en regata, el medio kilómetro escaso que nos separa de la costa, se acentúan y definen objetos y detalles que no pudieron precisar los gemelos desde la toldilla: las rocas negruzcas y rojizas de los acantilados van clasificándose en esquistos, traquitas, basaltos; cerrando el poblado de frente al mar, se destaca un muro almenado; en el fuerte que corona la empinada *ladder* y dondquiera que fué posible emplazarlos, asoman sus bocas los cañones. Decididamente hay que pedir permiso para entrar en Santa Elena.

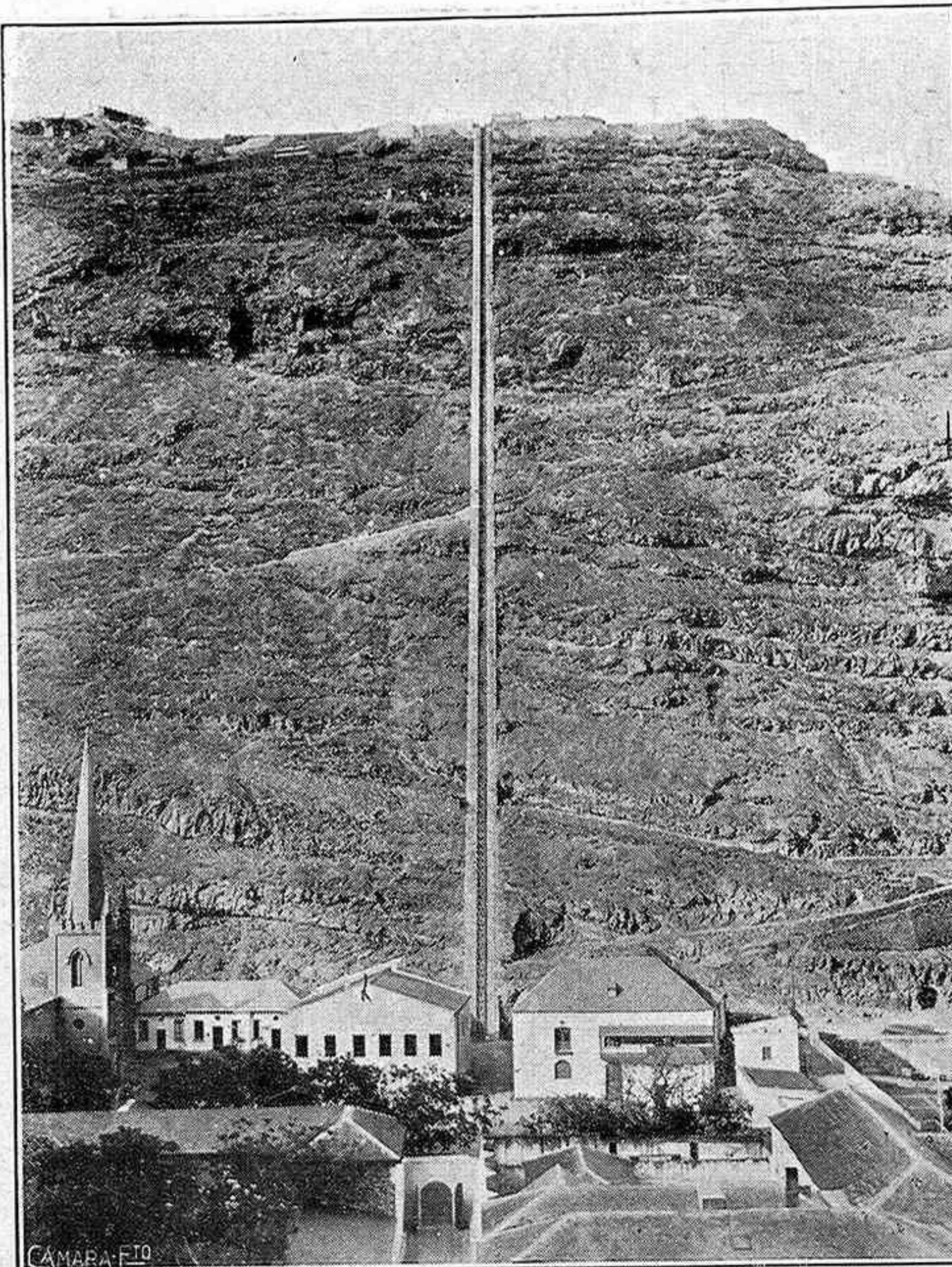
Todos los botes de la pequeña escuadrilla que nos conduce, llevan á proa un mástil, especie de asta-bandera: al llegar al muelle, el flujo y reflujo del oleaje imprime á las embarcaciones un continuo movimiento de avance y retroceso; agarrados al mástil, hay que esperar el momento en que una ola nos ponga al alcance de la escalerilla para soltar el asidero, y, haciendo prodigios de habilidad y soltura, posar de un brinco los pies en tierra firme antes que la resaca arrastre otra vez el bote unos metros mar adentro.

Así vamos desembarcando uno á uno; franqueamos luego el muro almenado y una amplia explanada, sin árboles, ni bancos, ni objeto alguno en que fijar la vista; luego un foso con su correspondiente puente levadizo y por fin la puerta de recias hojas, practicada en una segunda muralla, con sendas garitas á los lados.

Dentro del recinto murado, se siente por todas partes el ambiente británico: un campo de *tennis*; grupos de oficiales, de recortado bigote y marcial apostura, todos con guante blanco; fornidos tipos de soldados *west-indies* de rostro obscuro y albos botines; *girls* y *boys* con deformados *canotiers* y averiada indumentaria que ofrecen, en un inglés bastante aceptable, postales, fotografías y una variada colección de recuerdos locales; las casas muy blancas, de líneas recortadas, con sus huecos simétricos y techumbres de zinc y pizarra; algo, en fin, que recuerda un *village* del Yorkshire, transportado á los trópicos.

Desembocamos en una plazoleta de donde parte, á diestra mano, la famosa *ladder* que conduce al fuerte; á la izquierda, un macizo de árboles que proyecta tupida sombra; al frente, la iglesia protestante, cuya torre piramidal descuellla sobre las restantes edificaciones de *Jamestown*.

Una rápida visita al templo, que, sin imágenes ni altares, pero con las paredes materialmente cubiertas de lápidas conmemorativas, produce impresión de mausoleo, y como hacía falta todo el tiempo para subir á la tumba de Napoleón,



"El Ladder-hill", escalera de setecientos peldaños que conduce al fuerte

único objeto de esta escala, seguimos calle arriba dispuestos á buscar medios de locomoción. Vano empeño, pues los que había disponibles fueron ya aprovechados por gente más madrugadora: unos en burro, otros á caballo y los más afortunados en minúsculos carricoches, la mayoría de los excursionistas nos habían tomado la delantera. Fué preciso, pues, resignarse á hacer á pie el recorrido de los siete kilómetros, cuesta arriba, que teníamos por delante.

Atravesamos la mitad del casco de la villa, dejando internarse la otra mitad por lo más estrecho del valle y empezamos á flanquear, la docena escasa de rezagados, por una de las vertientes que lo limitan, al principio á buen paso y con bríos, al poco tiempo con más calma y menos pujanza, pues lo caluroso del día, la aspereza del camino carretero que íbamos recorriendo y la costumbre adquirida á bordo, de andar poco

y á piso llano, no permitían proezas de alpinismo.

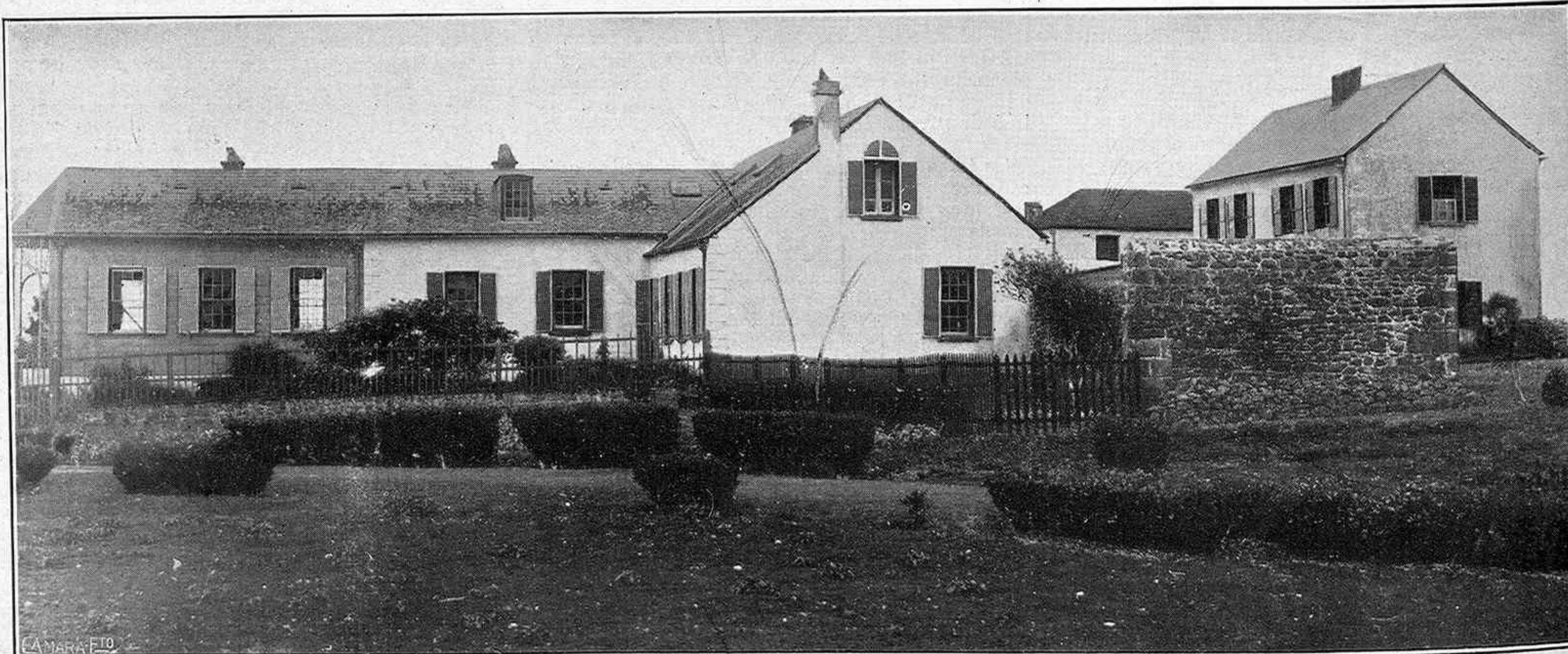
El paisaje no deja de ofrecer el atractivo de todo lo accidentado y montañoso, pero es preciso confesar que, sólo para admirarle, no valía la pena de haber venido á estas latitudes. Sin embargo, las imaginaciones poéticas y exaltadas de algunos compañeros de caminata, encontraban á cada paso motivos de admiración y dejaban rienda suelta á la fantasía. Hubo quien explicó la inclinación de los árboles azotados por el viento, como mudo homenaje tributado al Emperador, cuyo cuerpo inerte les hizo abatir humildemente sus copas cuando volvía, de regreso, á Francia: otro encontraba huellas del dolor de la Naturaleza en las dislocaciones de las moles que nos cercaban y en los petrificados surcos de lava cual si realmente la isla entera hubiera despedido con gigantescos sollozos al vencido en Waterloo; otros, menos aficionados á lo épico, se limitaban á observar el abigarrado conjunto de las chumberas africanas y pinos norteños surgiendo de entre las grietas á adornar sus ojales y sombreros con flores de rojo geráneo, cuyas matas crecen profusamente por aquellos parajes.

Conforme ganábamos altura en nuestra penosa ascensión, iban quedando en planos inferiores, primero la población, después las pequeñas colinas circundantes, luego la meseta del fuerte y por último la azulada franja del horizonte visible que descendía paulatinamente. A la hora y media de camino perdimos de vista el largo y angosto valle donde se asienta *Jamestown* y, traspuesta la loma, tomamos hacia la izquierda, en dirección á *Longwood*.

Poco antes de llegar, el panorama cambia por completo; de árido y volcánico tórname en frondoso y apacible; entre grupos de pinos, mirtos y tamarindos, se extienden grandes é inclinadas praderías donde mansamente pacen las vacas y empieza á respirarse el ambiente fresco de la montaña. En una de las cabañas de aquellas alturas hacemos un pequeño descanso, que aprovechamos para restaurar nuestros desfallecidos estómagos, mediante un puñado de peniques, con un plátano y un vaso de leche, y ya con nuevos bríos, nos separamos del camino para bajar á la tumba de Napoleón, situada en la hondonada ó valle que lleva su nombre.

ooo

Este valle, verdaderamente plácido y pintoresco, impregnado de suave poesía, dicen que era en su tiempo el lugar preferido por el augusto prisionero para sus tristes meditaciones. Cubierto de exuberante vegetación en sus laderas, abriga en su fondo una cristalina fuente, rodea-



Casa donde murió Napoleón, en *Longwood-old-house*

da de un grupo de sauces y coníferas, una tosca caseta de madera y una losa blanca, muy grande, encuadrada por sencilla verja de hierro. Todo este recinto acotado por tosca valla de madera pintada de negro, ha sido durante diez y nueve años digno sarcófago de unos restos mortales que, desde 1840 reposan bajo la cúpula de los Inválidos en París.

Hoy, de todo, ello no queda más que el recuerdo. La blanca lápida, sin inscripción alguna, atrae involuntariamente las miradas; el claro líquido de la fuente, que en otro tiempo humedeció imperiales labios, refresca ahora las fauces del turista: la caseta en que acaso más de una vez, reposó el Corso formidable, sirve de mercantil asilo á unas cuantas docenas de postales y vistas alusivas y á un voluminoso album, donde todo viajero ha de estampar su firma.

ooo

Longwood es una meseta de 700 y pico metros de altitud y situada al N. E. de la isla. Al subir desde el frondoso «valle de Napoleón», que acabamos de abandonar, aparece otra vez la Naturaleza agresiva y salvaje dominándolo todo. Vuelven á verse, bordeando la planicie, los encorvados pinos que inclinó la ventisca; el mar se vislumbra de nuevo entre los desfiladeros de la costa; el pico de Diana se yergue á retaguardia, y allá en el borde de la explanada, un conjunto de blancas casitas nos indica el término de esta interesante excursión. La más grande de todas ellas, *Longwood new house*, era la destinada para residencia de Napoleón, que no alcanzó á verla concluida. Hoy sirve de alojamiento al cónsul francés, que manda izar, á nuestra llegada, el pabellón tricolor y nos presenta á sus hijas, seis ó siete apuestas muchachas, que deben aburrirse extraordinariamente en estas soledades. En otras de las casas que fué en un tiempo del general Bertrand, vive el guardián de Longwood con su familia, toda gente bien portada. Allí está también la oficina de Correos y Telégrafos, donde los excursionistas depositan sendas postales. Y por último, en medio de un pequeño jardín bastante bien cuidado y rodeado de verde empalizada, aparece la famosa *old house*, la que sirvió de prisión al Emperador durante los seis postreros años de su vida. Pertenece desde 1858 á los franceses, quienes, sin duda, han creído prudente llevarse á sus museos, los muebles y objetos que constituyeron el ajuar del augusto prisionero y de su reducido séquito, mientras duró el destierro. Las habitaciones se conservan hoy lo mismo que en aquella época, pero completamente desmanteladas, y sólo unos letreros en francés y en inglés, que cuelgan de las paredes, indican al visitante el uso á que estuvieron destinadas.

A pesar de los gorjeos de las misses que nos servían de «ciceroni» y de la ausencia de emo-



La tumba de Napoleón, situada en el valle de su nombre

FOTS. A. L. INNES

ción colectiva en toda caravana de turistas que se estimen, no fué posible sustraerse de evocar, por aquellos ámbitos, la silueta de Bonaparte popularizada por Meissonier. Y le adivinamos en el salón, con su bicornio y su capote gris, una mano en el pecho y otra en la espalda, paseando silencioso; le contemplamos en la biblioteca escribiendo sus memorias entre toma y toma de rapé; le compadecemos en la alcoba, sustituyendo con la fantasía el blanco busto de mármol coronado de laurel que allí se encuentra, por un sencillo lecho donde, estrechando la mano de sus incondicionales, se preparaba á comparecer ante el Tribunal de ultratumba.

Vueltos á la realidad correspondemos á la amable insistencia de nuestras solícitas acompañantes, adquiriendo por unos cuantos chelines varias chucherías, que en una mesa de pino, estratégicamente colocada, excitan la curiosidad y tientan el bolsillo del visitante. En otra mesa frontera, el consabido album nos invita á dejar testimonio de presencia y al hojear sus páginas antes de poner mi firma, veo con agradable sorpresa, las de un grupo de valientes compatriotas; el comandante y oficialidad de nuestro buque-escuela la «Nautilus», que aquí estuvieron en su último viaje de circunnavegación.

ooo

Era bien corrido el medio día cuando regresa-

mos á Jamestown. Mientras nos preparan en el hotel un británico *breakfast*, hacemos una rápida exploración por la parte no recorrida en la mañana, escoltados siempre por grupos de *golfillos*, desnudos de pie y pierna, pero todos con sombreros de paja de variadas formas. Nos detuvimos un momento ante el patio de un cuartel, donde medio centenar de soldados movían rítmicamente sus blancos botines haciendo ejercicios de instrucción; y asediados á cada paso por nuevas ofertas, esta vez infructuosas, de vistas locales y objetos de recuerdo, fuimos á dar en la oficina de Correos.

Allí los filatélicos de la expedición, compraron sellos y postales; los periodistas depositaron voluminosos sobres, llenos de cuartillas y todos, buscamos en la lista correspondencia á nuestro nombre.

Terminado el almuerzo y con el deseo de saber algo de nuestra guerra, conseguí, tras de no pocas indagaciones, hacerme de un periódico de Cape-Town, llegado en el último correo de la Colonia del Cabo. Un despacho oficial del almirante Sampson, fechado el 3 en el Siboney, participaba á su Gobierno «que la flota á sus órdenes ofrecía, como presente á la nación, con motivo de la fiesta del 4 de Julio, la destrucción total de la escuadra de Cervera». Los detalles que seguían eran aterradores. El «Colón», el «María Teresa», el «Vizcaya» y el «Oquendo» se habían

ido á pique: los torpederos «Furor» y «Plutón» fueron destruidos á cuatro millas de Santiago; las bajas de los americanos eran tan solo de un muerto y dos heridos; la de los españoles, ascendían á muchos centenares, sin contar 1.300 prisioneros con el almirante Cervera á la cabeza...

Quien no haya aquilatado alguna vez, cuando el azar le llevó á lejanas tierras, todo lo que supone recibir infaustas nuevas de nuestro solar en un país extranjero y entre gentes indiferentes, no podrá darse cuenta de la medida en que se acrecienta y purifica con la distancia el amor santo de la Patria.

En balde trataron algunos compañeros compasivos de desvirtuar tales noticias haciendo notar lo sospechoso de la procedencia; quizás, decían, fuera una información tendenciosa. ¡Dios les pague su buena intención!

Por lo que á mí respecta, la impresión de una catástrofe más ó menos ajustada al relato del periódico, me dominó todo el resto del día, y cuando levamos anclas á media tarde, fijos los ojos en las altas planicies de Longwood que por momentos se desvanecían entre la bruma, sólo quise recordar que allí había visto un album y unas firmas: las de Villamil y sus bravos guardiamarinas.

RAMÓN S. DE LOS TERREROS

# EN LA PENSIÓN

Es la hora del recreo en el jardín. Regina y Angeles, dos amiguitas inseparables entre las cuales no hay secretos, hablan de sus cosas discretamente alejadas de las otras niñas y de las «madres» que gobiernan el colegio.

REGINA.—Angeles, ven aquí, á este banco.  
 ANGELES.—Espera... que está mirando la vigilante.  
 REG.—No nos oye.  
 ANG.—Hay que tener un cuidado con ella...  
 REG.—Sí, sí. Todo lo atisba. Por los gestos de la cara ó el movimiento de las manos, sabe lo que están hablando las colegialas; no es que lo averigua, es que lo supone.  
 ANG.—Sor Federica sabe mucho.  
 REG.—¡Ya lo creo!... Figúrate, dicen que en «el mundo» ha tenido casa de huéspedes...  
 ANG.—Entonces...  
 REG.—Ya ha llegado la carta de Raquel.  
 ANG.—(Loca de alegría) ¿Sí?... ¿Qué dice?...  
 REG.—No he tenido ocasión de leerla, ni quería abrirla sin tí.  
 ANG.—¡Pues, anda!... ¡Abrela!... ¿Cómo la has recibido?...  
 REG.—Ha venido dirigida al demandadero con otro sobre dentro á mi nombre. ¡Qué risa!... Me la ha entregado metida en un ovillo de estambre, en las propias narices de la madre inspectora.  
 ANG.—¿No ha sospechado?...  
 REG.—Nada. Mira, aquí está la carta.  
 ANG.—(Con gran interés) Anda, Regi, vamos á ver...  
 REG.—Espera que se aleje un poco más Sor Federica.  
 ANG.—¿Nos dirá Raquel?...  
 REG.—¡Todo!... ¡Todo!... Acuérdate; prometió formalmente contarnos ce por ce las primeras veinticuatro horas de casada.  
 ANG.—¡Ay, tengo una impaciencia!  
 REG.—¡Y yo!... Ahora saldremos de dudas... Ya ves, aquí en el colegio, ni las mayores saben de eso una palabra.  
 ANG.—¿Tú crees que ninguna?...  
 REG.—Sí lo saben, se lo callan.  
 ANG.—No; es que debe de ser un gran misterio...  
 REG.—Como todo lo que pasa de noche.  
 ANG.—¿De noche, dices? ¿Cómo sabes tú?...  
 REG.—En las novelas, en el teatro, en los cuentos, en todas partes, siempre habrás oído decir «una noche de bodas», y nunca una tarde, ni una mañana.  
 ANG.—¡Tienes razón! Lo que sea, sucede de noche.  
 REG.—No hay duda.  
 ANG.—(Con ingenuidad) Oye, Regi... ¿será pecado hablar de esto?...  
 REG.—¿Por qué?... ¿No es cosa santa el matrimonio?...  
 ANG.—Ya ves, sale de la Iglesia...  
 REG.—¿Y no hemos de acabar nosotras por casarnos, un día ú otro?  
 ANG.—Hija, es de suponer. Otras, más feas...  
 REG.—Entonces, no hay pecado. Si vas á ciegas... tu marido creará que eres una niña tonta y se reirá de tí.  
 ANG.—Después de todo, para eso nos confesamos con el padre Galán todos los meses.  
 REG.—Sí, que, además, es sordo como una tapia y no se entera de nada, digas lo que le digas.  
 ANG.—Con el otro padre no pasaba lo mismo, ¿te acuerdas?  
 REG.—Aquel, oía hasta lo que no le contabas. Era más exigente.  
 ANG.—Mira, ya se ha sentado con las mayores Sor Federica. Vamos á ver qué dice Raquel.  
 REG.—Ten cuidado si se levanta.  
 ANG.—No; parece muy entretenida.  
 REG.—(Saca la carta, que guardaba en el pecho, y la desdobra con gran interés) ¡Qué larga!... ¡Cuatro carillas!  
 ANG.—¡Anda, lee!... (Acercándose á Regina para no perder una coma).  
 REG.—(Leyendo) «San Sebastián, domingo 7. Queridísima Regi: Hace veinticuatro horas que estoy casada y tres que he llegado á esta playa risueña que tantas veces disfrutamos juntas.  
 »Mi primera carta es para tí; ya ves que no falto á lo prometido.»  
 ANG.—(Sonriendo impaciente) Sigue, sigue.  
 REG.—(Leyendo) «Salimos ayer de Madrid en el expreso de las ocho. ¡Ay, Regi de mi alma, qué momento el de la despedida!... Lágrimas,



besuqueo, enhorabuenas, palabras de doble sentido... Yo no sabía qué decir, ni qué cara poner... Tía Lola, ya la conoces, no cesaba de darme extraños consejos que yo entendía... D. Fermín, el pobre señor...»  
 ANG.—(Interrumpiendo) Bueno, salta todo eso. ¡Qué nos importa!  
 REG.—(Saltando el párrafo de las despedidas) «El viaje...»  
 ANG.—(Adivinando lo más importante de la carta) Ahí, ahí...  
 REG.—«El viaje delicioso. (Pausa. Angeles y Regina se miran un instante, sonriendo de un modo singular. El hombre más sabio no sabría traducir aquella sonrisa) Comimos muy bien en el coche restaurant y estuvimos de sobremesa hasta más de las once, recordando tonterías de novios, hablando de los regalos de boda que, como sabes, han sido muchos y casi todos de precio. Las de Velasco, enviaron aquel estuche tan cursi de cucharillas de plata porque, según han dicho, no se figuraban que los periódicos darían la lista de los regalos.»  
 ANG.—(Cada minuto más impaciente) ¡Ay, cuánto detalle sin interés!...  
 REG.—(Tan impaciente como su amiguita, pero menos nerviosa) Ya llegaremos. (Lee) «Durante el viaje, no he sentido calor y he dormido muy bien. (Otra pausa y otro cambio de miradas como el de antes) Desperté muy temprano, me arreglé un poco y desde Miranda aquí vine en la ventanilla, contando los túneles y disfrutando del paisaje que ofrece al viajero esta región de España.»  
 «Estoy en un gran hotel, frente al mar. Enrique, muy contento de verme tan dichosa, col-

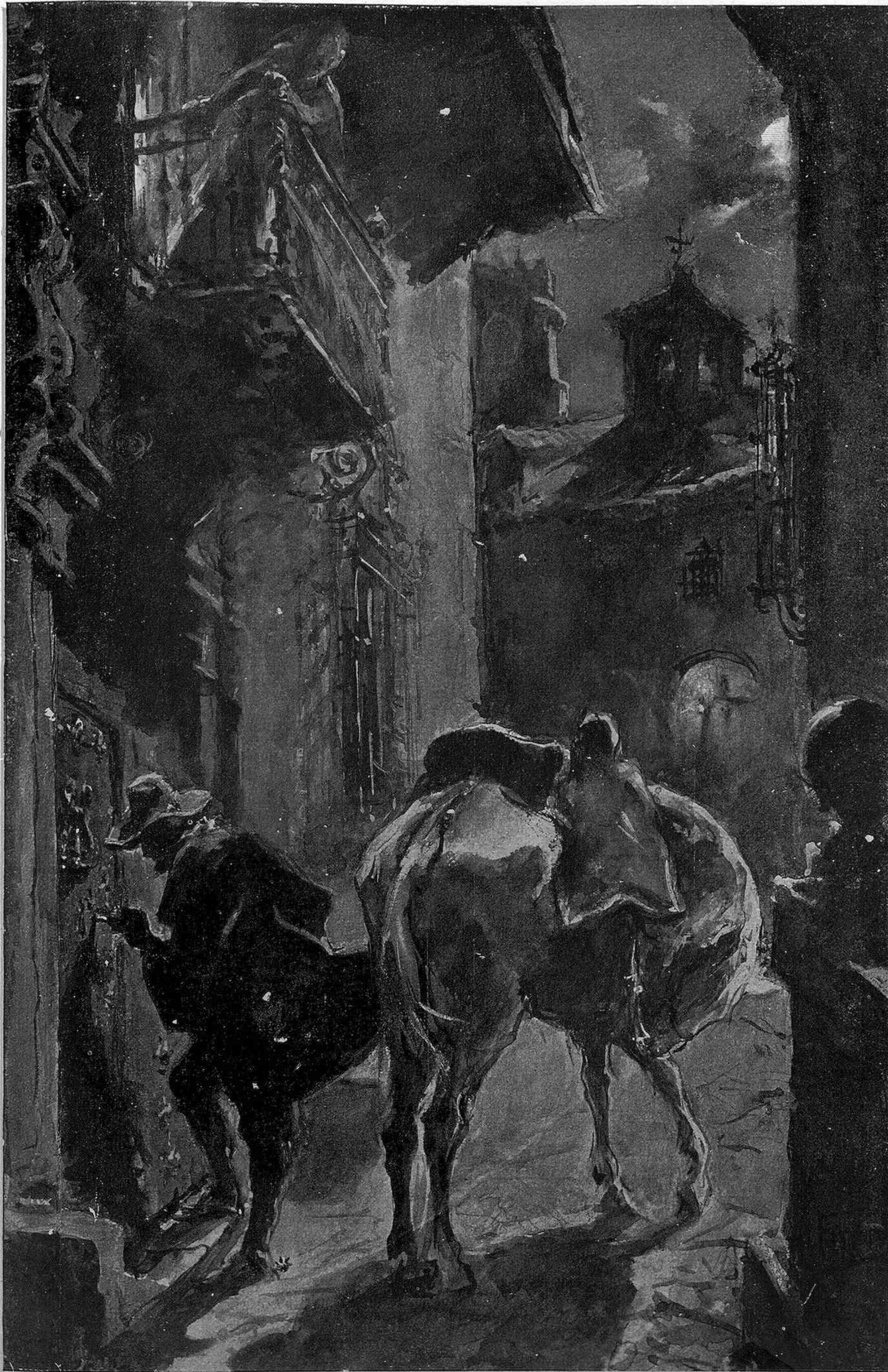
mándome de atenciones, mas galante que nunca. Si no cambia después, como dicen que hacen otros, temo que esta felicidad me vuelva loca. Cásate pronto, lo antes que puedas... ¡Ay, pero no te metas en el tren el día de la boda!» ¿Por qué dirá esto, Angelita?...  
 ANG.—Como no sea por los túneles...  
 REG.—«Y no tengo más que contarte.»  
 ANG.—(Con cara de asombro) ¿Se acaba la carta?...  
 REG.—(Con tristeza) Ya lo ves. «¡Adiós, mo-nina! Ya te escribiré desde Suiza y te enviaré postales bonitas. Muchas.  
 »Mil besos. Tuya, Raquel.» (Pausa larga, eterna, angustiada. Las dos amiguitas se miran en silencio, con mirada interrogante) ¿Qué te parece?...  
 ANG.—(Con tremenda desilusión) ¡Vaya una carta!  
 REG.—(Reflexiva) Habrá que esperar á que se case otra amiga...  
 ANG.—Que dirá lo mismo que Raquel, ¡que no dice nada!  
 REG.—¡Lástima de ovillo de estambre!...  
 SOR FEDERICA.—(Que se ha acercado sin ser vista por las colegialas) Señoritas... ¿qué leían ustedes con tanto interés?  
 ANG.—Una carta de Raquel, la que salió del colegio para casarse... Ya se ha casado.  
 SOR FEDERICA.—(Imperiosa) ¡A ver esa carta!  
 REG.—Tenga, hermana. Puede leerla sin cuidado; no tiene nada de particular.

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN

DIBUJO DE ESPÍ



LA ESFERA  
LEYENDAS DE ZORRILLA



Salió una niña al balcón,  
que llama interior alumbra.  
—“Mi padre!”—clamó en voz baja;  
y el viejo en la cerradura  
metió la llave, pidiendo  
á sus gentes que le acudan.

(De *A buen juez, mejor testigo*)

DIBUJO DE FERRANT



# A buen juez, mejor testigo

TRADICIÓN DE TOLEDO

*Legenda del inmortal poeta D. José Zorrilla*

I

Entre pardos nubarrones  
pasando la blanca luna,  
con resplandor fugitivo  
la baja tierra no alumbra.  
La brisa con frescas alas  
juguetona no murmura,  
y las veletas no giran  
entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
la opaca atmósfera cruza,  
y unas en otras las sombras  
confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
un momento se columbran  
como lanzas de soldados  
apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
la trémula llama turbia,  
y, un instante, entre las rocas,  
ríela la fuente oculta.  
Los álamos de la vega  
parecen, en espesura,  
de fantasmas apiñados  
medrosa y gigante turba;  
y alguna vez, desprendida,  
gotea pesada lluvia,  
que no despierta á quien duerme,  
ni á quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
entre la sombra confusa,  
y el Tajo, á sus pies pasando,  
con pardas ondas la arrulla.  
El monótono murmullo  
sonar perdido se escucha,  
cual si por las hondas calles  
hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
cuando á lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas,  
que el sueño del triste endulzan  
y en tanto que sueña el triste  
no le aqueja la amargura.  
Tan en calma y tan sombría  
como la noche que enluta  
la esquina en que desemboca  
una callejuela oculta,  
se ve de un hombre que aguarda  
la vigilante figura,  
y tan á la sombra vela  
que entre la sombra se ofusca.  
Frente por frente á sus ojos  
un balcón, á poca altura,  
deja escapar por los vidrios  
la luz que dentro le alumbra;

mas ni en el claro aposento,  
ni en la callejuela oscura,  
el silencio de la noche  
rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
que pudiera haberse duda  
de si es hombre, ó solamente  
mentida visión nocturna;  
pero es hombre, y bien se ve,  
porque con planta segura  
ganando el centro á la calle  
resuelto y audaz pregunta:  
«¿Quién va?», y á corta distancia  
el igual compás se escucha  
de un caballo que sacude  
las sonoras herraduras.  
«¿Quién va?»—repite—, y cercana  
otra voz menos robusta  
responde: «Un hidalgo; ¡calle!»  
Y el paso al bruto apresura.  
—Téngase el hidalgo—el hombre  
replica, y la espada empuña.  
—Ved más bien si me hareis calle  
—repusieron con mesura—,  
que hasta hoy á nadie se tuvo  
lbán de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña y perdone—,  
dijo el mozo en faz de fuga,  
pues teniéndose el embozo  
sopla un silbato, y se oculta.  
Paró el jinete á una puerta,  
y con precaución difusa,  
salió una niña al balcón  
que llama interior alumbra.  
¡Mi padre!—clamó en voz baja—;  
y el viejo en la cerradura  
metió la llave, pidiendo  
á sus gentes que le acudan.  
Un negro, por ambas bridas,  
tomó la cabalgadura,  
cerrose detrás la puerta  
y quedó la calle muda.  
En esto, desde el balcón,  
como quien tal acostumbra,  
un mancebo por las rejas  
de la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
hizo cara á lbán de Acuña,  
y huyeron en el embozo  
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena  
pasa la siguiente tarde,  
y el sol tocando su ocaso  
apaga su luz gigante;

se ve la imperial Toledo  
dorada por los remates  
como una ciudad de grana  
coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
sus anchos cimientos lame;  
dibujando en las arenas  
las ondas con que las bate.  
Y la ciudad se retrata  
en las ondas desiguales,  
como en prendas de que el río  
tan afanosa la bañe.  
A lo lejos en la vega  
tiende galán por sus márgenes  
de sus álamos y huertos  
el pintoresco ropaje;  
y porque su altiva gala  
más á los ojos halague,  
la salpica con escombros  
de castillos y de alcázares.  
Un recuerdo es cada piedra,  
que toda una historia vale,  
cada colina un secreto  
de príncipes ó galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
por quien dejó un rey culpable  
amor, fama, reino y vida  
en manos de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
á su receloso amante,  
en esa cuesta que entonces  
era un plantel de azahares.  
Allá por aquella torre  
que hicieron puerta los árabes,  
subió el Cid sobre *Babieca*  
con su gente y su estandarte.  
Más lejos se ve el castillo  
de San Servando, ó Cervantes,  
donde nada se hizo nunca  
y nada al presente se hace.  
A este lado está la almena  
por do sacó vigilante  
el Conde don Peranzules  
al rey, que supo una tarde  
fingir tan tenaz modorra  
que, político y constante,  
tuvo siempre el brazo quedo  
las palmas al horadarle.  
Allí está el circo romano  
gran cifra de un pueblo grande;  
y aquí la antigua basílica  
de bizantinos pilares,  
que oyó en el primer Concilio  
las palabras de los Padres  
que velaron por la Iglesia  
perseguida ó vacilante.  
La sombra, en este momento,  
tiende sus turbios cendales,

por todas esas memorias  
de las pasadas edades,  
y del Cambrón y Visagra  
los caminos desiguales  
camino á los toledanos  
hacia las murallas abren.  
Los labradores se acercan  
al fuego de sus hogares  
cargados con sus aperos,  
cansados de sus afanes.  
Los ricos y sedentarios  
se tornan con paso grave,  
calado el ancho sombrero,  
abrochados los gabanes;  
y los clérigos y monjes  
y los prelados y abades,  
sacudiendo el leve polvo  
de capelos y sayales.  
Quédase solo un mancebo  
de impetuosos ademanes  
que se pasea ocultando  
entre la capa el semblante.  
Los que pasan le contemplan  
con decisión de evitarle  
y él contempla á los que pasan  
como si á alguien aguardase.  
Los tímidos aceleran  
los pasos al divisarle,  
cual temiendo de seguro  
que les proponga un combate;  
y los valientes le miran  
cual si sintieran dejarle  
sin que, libres sus estoques,  
en riña sonora dancen.  
Una mujer, también sola,  
se viene el llanto adelante,  
la luz del rostro escondida  
en tocas y tafetanes.  
Mas en lo breve del paso  
y en lo flexible del talle,  
puede á través de los velos  
una hermosa adivinarse.  
Váse derecha al que aguarda  
y él al encuentro la sale,  
diciendo... cuanto se dicen  
en las citas los amantes.  
Mas ella, galanterias  
dejando, severa, aparte,  
así al mancebo interrumpe  
en voz decisiva y grave:  
—Abreviemos de razones,  
Diego Martínez; mi padre,  
que un hombre ha entrado en su au-  
dentro mi aposento sabe; [sencia  
y así quien mancha mi honra  
con la suya me la lave;  
ó dadme mano de esposo  
ó libre de vos dejadme—.

Mirola Diego Martínez atentamente un instante, y echando á un lado el embozo repuso palabras tales:

—Dentro de un mes, Inés mía, parto á la guerra de Flandes; al año estaré de vuelta y contigo en los altares. Honra que yo te desluzca con honra mía se lave, que por honra vuelven honra hidalgos que en honra nacen. —Júralo—exclamó la niña. —Más que mi palabra vale no te valdrá un juramento. —Diego, la palabra es aire. —¡Vive Dios que estás tenaz! Dalo por jurado, y baste. —No me basta, que olvidar puedes la palabra en Flandes. —¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes? —Que á los pies de aquella imagen lo jures como cristiano del Santo Cristo delante. Vaciló un punto Martínez, mas, porfiando que jurase, llevole Inés hacia el templo que en medio la vega yacé. Enclavado en un madero, en duro y postrero trance, ceñida la sien de espinas, descolorido el semblante, víase allí un crucifijo teñido de negra sangre, á quien Toledo, devota, acude hoy en sus azares. Ante sus plantas divinas, llegaron ambos amantes; y haciendo Inés que Martínez los sagrados pies tocase, preguntole:

—Diego, ¿juras á tu vuelta desposarme? Contestó el mozo: —¡Sí, juro! Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó, y un año pasado había, mas de Flandes no volvía Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés, su vuelta aguardando en vano, oraba un mes y otro mes del crucifijo á los pies do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía después de traspuerto el sol, y á Dios llorando pedía la vuelta del español, y el español no volvía.

Y siempre al anochecer, sin dueña y sin escudero, en un manto una mujer el campo salía á ver al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume su existencia en esperar! ¡Ay del triste que presume que el duelo con que él se abruma al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos precioso y funesto don, pues los amantes desvelos cambian la esperanza en celos que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera es un consuelo en verdad, pero siendo una quimera en tan frágil realidad quien espera desespera.

Así Inés desesperaba sin acabar de esperar y su tez se marchitaba, y su llanto se secaba para volver á brotar.

En vano á su confesor pidió remedio ó consejo para aliviar su dolor; que mal se cura el amor con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía llorosa y desconsolada; el padre no respondía, que la lengua le tenía su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella, callando el padre, severo, y suspirando la bella, porque nació mujer ella y el viejo nació altanero.

Dos años, al fin, pasaron en esperar y gemir, y las guerras se acabaron y los de Flandes tornaron á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó, y el tercer año corría; Diego á Flandes se partió, mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena; doraba el sol de Occidente del Tajo la vega amena, y apoyada en una almena miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas las riberas azotando bajo las murallas solas musgo, espigas y amapolas ligeramente doblando.

Algún olmo, que escondido creció entre la hierba blanda, sobre las aguas tendido se reflejaba perdido en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor, colgado entre su fresca espesura, daba al aire embalsamado su cántico regalado desde la enramada obscura.

Y algún pez, con cien colores tornasolada la escama, saltaba á besar las flores que exhalan gratos olores á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo el torreón se dibuja, como el contorno redondo del hueco sombrío y hondo que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba el rigor de su fortuna, y así la tarde pasaba y al horizonte trepaba la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano, en confuso remolino, vió de hombres tropel lejano que en pardo polvo liviano dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón, y, llegando recelosa á las puertas del Cambrón, sintió latir, zozobrosa, más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero dejó ver la escasa luz por bajo el arco primero un hidalgo caballero en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado, banda azul, lazo en la hombrera, y sin pluma al diestro lado el sombrero derribado tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido, bota de ante, espuela de oro, hierro al cinto suspendido y á una cadena prendido agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete sobre potros jerezanos, de lanceros hasta siete, y en adarga y coselete diez peones castellanos.

Asiose á su estribo Inés gritando: «¡Diego, eres tú!»

Y él, viéndola de través, dijo: «¡Voto á Belcebú, que no me acuerdo quién es!»

Dió la triste un alarido tal respuesta al escuchar, y á poco perdió el sentido sin que más voz ni gemido volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas, encomendola á su gente, diciendo: «¡Malditas viejas que á las mozas malamente enloquecen con consejas!»

Y aplicando el capitán á su potro las espuelas, el rostro á Toledo dan y á trote cruzando van las obscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines dispone y permite el cielo que puedan mudar al hombre fortuna, poder y tiempo. A Flandes partió Martínez de soldado aventurero, y por su suerte y hazañas allí capitán le hicieron. Según alzaba en honores alzabase en pensamiento, y tanto ayudó en la guerra con su valor y altos hechos, que el mismo rey, á su vuelta, le armó en Madrid caballero, tomándole á su servicio por capitán de lanceros. Y otro no fué que Martínez quien á poco entró en Toledo tan orgulloso y ufano cual salió humilde y pequeño. Ni es otro á quien se dirige, cobrado el conocimiento, la amorosa Inés de Vargas que vive por él, muriendo. Mas él, que olvidando todo olvidó su nombre mesmo, puesto que Diego Martínez es el capitán Don Diego, ni se ablanda á sus caricias ni cura de sus lamentos, diciendo que son locuras de gentes de poco seso; que ni él prometió casarse ni pensó jamás en ello. ¡Tanto mudan á los hombres fortuna, poder y tiempo! En vano porfiaba Inés con amenazas y ruegos; cuanto más ella importuna está Martínez severo. Abrazada á sus rodillas, enmarañado el cabello, la hermosa niña lloraba prosternada por el suelo. Mas todo empeño es inútil, porque el capitán Don Diego, no ha de ser Diego Martínez, como lo era en otro tiempo.

Y así llamando á su gente, de amor y piedad ajeno, mandoles que á Inés llevaran de grado ó de valimiento. Mas ella, antes que la asieran, cesando un punto en su duelo, así habló, el rostro lloroso, hacia Martínez volviendo: «Contigo se fué mi honra, conmigo tu juramento; pues buenas prendas son ambas en buen fiel las pesaremos.» Y la faz descolorida en la mantilla envolviendo, á pasos desatentados saliose del aposento.

V

Era entonces de Toledo por el rey gobernador el justiciero y valiente D. Pedro Ruiz de Alarcón. Muchos años, por su patria el buen viejo peleó; cercenado tiene un brazo mas entero el corazón. La mesa tiene delante, los jueces en derredor,

los corchetes á la puerta y á la derecha el bastón. Está como presidente del tribunal superior entre un dosel y una alfombra reclinado en un sillón escuchando con paciencia la casi asmática voz con que un tétrico escribano solfea una apelación. Los asistentes bostezan al murmullo arrullador; los jueces, medio dormidos, hacen pliegues al ropón; los escribanos repasan sus pergaminos al sol. Los corchetes á una moza guñan en un corredor, y abajo en Zocodover, gritan en discorde son los que en el mercado venden lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto, en faz de grande aflicción, rojos de llorar los ojos, ronca de gemir la voz, suelto el cabello y el manto, tomó plaza en el salón, diciendo á gritos: «¡Justicia, jueces, justicia, señor!» y á los pies se arroja humilde de D. Pedro de Alarcón, en tanto que los curiosos se agitan alrededor. Alzola cortés D. Pedro, calmando la confusión y el tumultuoso murmullo que esta escena ocasionó diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?  
—Quiero justicia, señor.  
—¿De qué?  
—De una prenda hurtada.  
—¿Qué prenda?  
—Mi corazón.  
—¿Tú le diste?  
—Le presté.  
—¿Y no te le han vuelto?  
—No.  
—¿Tienes testigos?  
—Ninguno.  
—¿Y promesa?  
—Sí, ¡por Dios!  
que al partirse de Toledo un juramento empeñó.  
—¿Quién es él?  
—Diego Martínez.  
—¿Noble?  
—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán, que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala y á poco en el corredor se oyó de botas y espuelas el acompasado son. Un portero, levantando el tapiz, en alta voz dijo: «El capitán Don Diego». Y entró luego en el salón Diego Martínez, los ojos llenos de orgullo y furor.  
—¿Sois el capitán D. Diego—dijole D. Pedro—vos? Contestó altivo y sereno Diego Martínez:

—Yo soy.  
—¿Conocéis á esta muchacha?  
—Ha tres años, salvo error.  
—¿Hicisteis la juramento de ser su marido?  
—No.  
—¿Jurais no haberlo jurado?  
—Sí, juro.  
—Pues id con Dios.  
—¡Miente!—clamó Inés llorando, de despecho y de rubor.  
—Mujer, ¡piensa lo que dices!  
—Digo que miente, juró.  
—¿Tienes testigos?  
—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios, y dispensad que acusado dudara de vuestro honor. Tornó Martínez la espalda con brusca satisfacción, é Inés, que le vió partirse, resuelta y firme gritó:  
—Llamadle, tengo un testigo.  
¡Llamadle otra vez, señor!  
Volvió el capitán Don Diego, sentose Ruiz de Alarcón, la multitud aquietose y la de Vargas siguió:

LA ESFERA  
LEYENDAS DE ZORRILLA



En esto desde el balcón,  
como quien tal acostumbra,  
un mancebo por las rejas  
de la calle se asegura.

DIBUJO DE FERRANT

*(De A buen juez, mejor testigo)*

LA ESFERA  
LEYENDAS DE ZORRILLA



Preguntóle: —Diego, ¿juras  
á tu vuelta desposarme?  
Contestó el mozo: —:Si juro!  
Y ambos del templo se salen.

(De A buen juez, mejor testigo)

DIBUJO DE FERRANT



Y así llamando á su gente,  
de amor y piedad ajeno,  
mandóles que á Inés llevaran,  
de grado ó de valimiento.

DIBUJO DE FERRANT

—Tengo un testigo á quien nunca  
faltó verdad ni razón.

—¿Quié?r?

—Un hombre que de lejos  
nuestras palabras oyó  
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio  
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estás loca, ¡vive Dios!

—¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega,  
á cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces  
al nombre del Redentor,  
escuchando con asombro  
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio  
de sorpresa y de pavor,

y Diego bajó los ojos  
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces  
Don Pedro en secreto habló,

y levantose diciendo  
con respetuosa voz:

«La ley es ley para todos;  
tu testigo es el mejor,  
mas para tales testigos,  
no hay más tribunal que Dios.

Haremos... lo que sepamos;  
escribano, al caer el sol,

al Cristo que está en la vega  
tomareis declaración.»

VI

Es una tarde serena  
cuya luz tornasolada  
del purpurino horizonte  
blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
sus hojas plegando exhalan  
y el céfiro entre perfumes  
mece las trémulas alas.  
Brillan abajo, en el valle,  
con suave rumor las aguas,  
y las aves, en la orilla,  
despidiendo el día cantan.  
Allá por el *Miradero*,  
por el *Cambrón* y *Visagra*,  
confuso tropel de gente  
del Tajo á la vega baja.  
Viene delante D. Pedro  
de Alarcón, Ibán de Vargas,  
su hija Inés, los escribanos,  
los corchetes y los guardias;  
y detrás, monjes, hidalgos,  
mózas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
en la vega les aguarde,  
y cada cual comentando  
el caso, según le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
en apostura bizarra,  
calzadas espuelas de oro,  
valona de encaje blanca,  
bigote á la borgoñesa,  
melena desmelenada,  
el sombrero guarnecido

con cuatro lazos de plata,  
un pie delante del otro  
y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos, de reojo,  
le miran de entre las capas,  
los chicos, al uniforme,  
y las mozas á la cara.  
Llegado el Gobernador  
y gente que le acompaña,  
entraron todos al claustro  
que iglesia y patio separa.  
Encendieron ante el Cristo  
cuatro cirios y una lámpara,  
y de hinojos un momento  
oraron allí en voz baja.

Está el Cristo de la Vega  
la cruz en tierra posada  
los pies alzados del suelo  
poco menos de una vara;  
hacia la severa imagen  
un notario se adelanta,  
de modo que con el rostro  
al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene á Martínez,  
á otro lado á Inés de Vargas,  
detrás al Gobernador  
con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
la acusación entablada,  
el notario á Jesucristo  
así demandó en voz alta:  
«Jesús, Hijo de María,  
ante nos, esta mañana,  
citado como testigo  
por boca de Inés de Vargas,

¿juráis ser cierto que un día  
á vuestras divinas plantas  
juró á Inés, Diego Martínez,  
por su mujer desposarla?»

Asida á un *brazo* desnudo  
una *mano* atarazada  
vino á posar en los autos  
la seca y hendida palma,  
y allá en los aires—¡Sí, juro!—  
clamó una voz, más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
la vista á la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos  
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo  
renunció allí mismo Inés,  
y espantado de sí propio  
Diego Martínez también.  
Los escribanos temblando  
dieron de esta escena fe,  
firmando como testigos  
cuantos hubieron poder.  
Fundose un aniversario  
y una capilla con él,  
y Don Pedro de Alarcón  
el altar ordenó hacer,  
donde hasta el tiempo que corre,  
y en cada un año una vez,  
con la mano desclavada  
el crucifijo se ve.

José ZORRILLA

ARTISTAS  
CONTEMPORÁNEOS



# FRANCISCO PONS ARNAU



"Retrato del señor Conde de Cedio"



"Retrato de los ilustres dramaturgos S. y J. Alvarez Quintero"



"Valenciana", cuadro de Pons Arnau



FRANCISCO PONS ARNAU  
(Autorretrato)

No se habrá olvidado aún la fotografía que publicaron todos los semanarios ilustrados españoles. Era en el estudio de Joaquín Sorolla. Aparecía el Rey D. Alfonso al lado de un muchacho de rostro inteligente y sonrisa afable. Como fondo de las dos figuras un retrato al óleo de Su Majestad.

En el retrato aparecía Alfonso XIII, á caballo, envuelto en el capote gris y cubierta la cabeza con el casco del arma de Caballería. La gallarda silueta del monarca se recortaba sobre las austeras lejanías castellanas que tanto carácter dan á los cuadros de la recia y severa escuela española.

¿Quién era este mozo de los crespos cabellos negros y de la sonrisa afable, intimista, que había conseguido tal honor de retratar como los pintores de otro tiempo, á un Rey de España, sirviéndole el propio Rey de modelo y acudiendo á servir de vivo ejemplo del asombroso parecido?

Apenas su nombre decía nada á los artistas. Menos todavía al público. Francisco Pons Arnau. Tiene una historia romántica y simpática, Pons y Arnau.

Parece uno de esos viejos cuentos ingenuos y nobles, que despiertan en los niños la emulación de la lucha por el ideal.

Francisco Pons ha nacido en Valencia, como

tantos otros pintores á quienes se debe gran parte de nuestro renacimiento artístico. Sus aficiones por la pintura coincidieron con el pleno triunfo del sorollismo. Además, sentía por el maestro una íntima y profunda admiración nacida de cómo veía en los lienzos de Sorolla, reflejado en toda su intensidad el sol y la magnificencia mediterránea. Muchas tardes, siendo todavía un niño, permanecía largas horas en la playa silencioso, extático, junto al maestro, contemplando cómo iba éste trasladando al lienzo la magia de la luz sobre las aguas y las carnes desnudas...

Cuando ya estuvo en condiciones de aprovechar la enseñanza, ingresó en el estudio de Sorolla. Pronto llegó á ser uno de los favoritos del maestro y se enamoró de María, una de las hijas de Sorolla. ¿La recordáis? El ilustre artista levantino la inmortalizó en lienzos inolvidables.

Todo sucedió como en los cuentos románticos. Joaquín Sorolla quiso, antes de dar su hija al discípulo, que éste conquistara un nombre lejos de ella, que siguiera apartados rumbos para volver, como los prometidos de cuento, con una experiencia de la vida, con triunfos para ofrecer á la amada y con la seguridad del amor afianzada para siempre en el corazón.

Así ha sido. Francisco Pons ha pasado tres, cuatro años recorriendo Europa y América. Sin olvidar las enseñanzas del maestro se ha formado á sí mismo, consiguiendo que su nombre sonara fuera de España.

Y entonces volvió á Madrid. Traía cuanto le exigieron para el premio tan grato. Y cuando empezaban á ser más lentos los crepúsculos y rebrotaban los árboles y una divina ansiedad de amar comenzaba con la promesa vernal á inquietar los corazones, se casaron María Sorolla y Francisco Pons Arnau.

En el estudio de Joaquín Sorolla, como protegidas por las obras del maestro, hemos ido viendo las del discípulo digno de él.

Casi todas son retratos. Pons sabe que la aristocracia del arte es el retrato, é incluso en los pocos lienzos de «asunto» que ha pintado cuidó antes del carácter de los personajes que de la gracia ó encanto de la composición.

Se adivinan en Pons las huellas—más que técnicas, espirituales—de Joaquín Sorolla. Pinta de ese modo amplio y luminoso del maestro levantino.

Pero también sus correrías por Europa y por la América del Norte le han dado un sentido más sobrio, más severo de la línea y del color.

Tiene retratos de una maestría técnica notabilísima.

Actualmente Francisco Pons Arnau prepara una exposición de todos sus cuadros en la América del Norte.

Tiene el espíritu impaciente de los trotamundos. La vida apaciguada, señera, de este Madrid artístico donde nadie se agita sino durante las Exposiciones nacionales, no le interesa bastante. Vino llamado por el amor y con el amor se vuelve á los sitios donde luchara por conseguirlo para siempre...

SILVIO LAGO



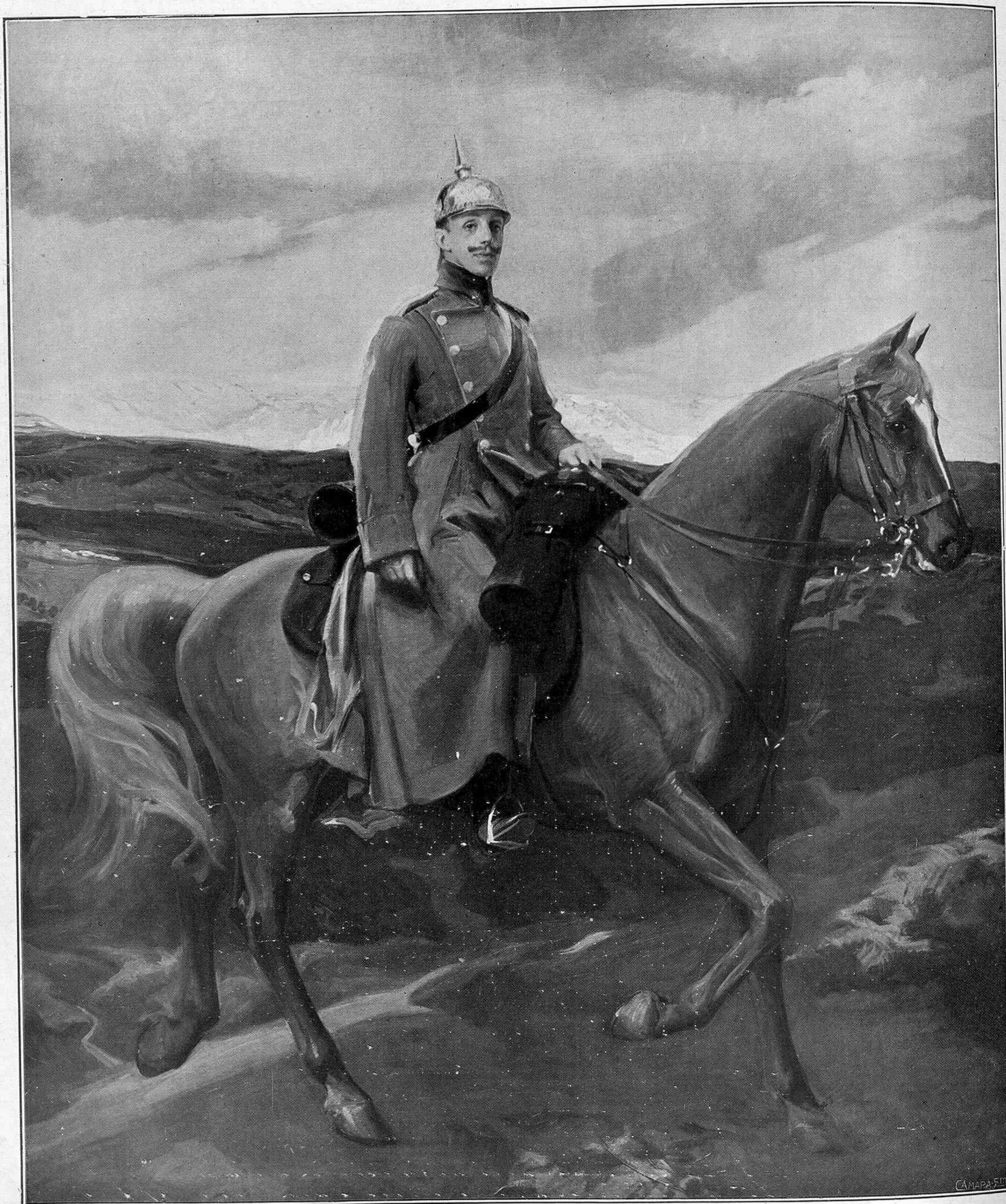
"Retrato de la señora Condesa de San Luis"



"Rosita", cuadro de Pons Arnau

LA ESFERA

# LA PINTURA MODERNA



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Retrato pintado al óleo por el ilustre artista Francisco Pons Arnau.

*Los tiempos*



## GLOSAS A UN DISCURSO

RECIENTEMENTE, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, ha cerrado un curso breve del Magisterio, en nombre de S. M. el Rey, el Director general de primera enseñanza don Eloy Bullón, antiguo alumno de la Escuela. Muy conocido es el Sr. Bullón por sus trabajos literarios y pedagógicos; el joven político ha conquistado su puesto después de algunos años de laboreo mental incesante; la expeculación filosófica ha sido la predilecta de su espíritu. Y ha llegado á la Dirección con un bagaje de libros propios sobre *Luis Vives*, sobre *D. Alfonso de Castro y el Derecho Penal*, sobre *El europeísmo y el clasicismo en la enseñanza*, y con otras publicaciones que merecieron el aplauso de los doctos y avisados.

Pocos Paraninfos habrá más democratizados que el de la Escuela salmantina. Por él circula el aire de la calle á cuatro vientos. Es el hogar de los obreros, de los estudiantes, de los publicistas, de todo el que tiene que decir algo ó quiere decirlo simplemente. En ese Paraninfo que evocó el Sr. Bullón con la elocuencia ardorosa de sus años juveniles, ha desarrollado el Director general de primera enseñanza un programa completo sobre la reorganización de la enseñanza elemental. Séame lícito glosar brevemente algunas de sus manifestaciones en estas hospitalarias páginas de LA ESFERA. El prestigio del Sr. Bullón y la amistad que con él me liga desde hace muchos años—todos los de nuestra juventud—me ponen en el gracioso trance de insistir más en aquellos puntos en que discrepo de su pensar que en aquellos otros en que estamos perfectamente de acuerdo. Si el publicista quiere tener alguna eficacia con el público ha de ser á costa de no disfrazar jamás su pensamiento.

Las divergencias obedecen, naturalmente, á la distancia de nuestros puntos de vista doctrinales. El Sr. Bullón es un conservador ortodoxo, y como ortodoxo, oportunista, atento á las modificaciones que puede imponer la realidad del momento á los problemas docentes. Yo soy un liberal convencido, esteta del todo, con un Estado que tiranice á los pueblos que, como el español, padecen de una continua y ascendente abulia. Para mí el Estado es el único que puede y debe enseñar, y sus enseñanzas son las únicas que me ofrecen garantías. Prefiero las escuelas públicas á los colegios privados, y los profesores públicos á toda esa ringlera de mentores caseros, más expertos en el arte de enseñar lo que agrada á los padres de los discípulos que de infundir en el espíritu de éste una sólida disciplina científica. Y el Sr. Bullón, partidario, como hombre de Gobierno, como futuro Ministro tal vez, del Estado docente, cree que debe dejarse un margen á la iniciativa privada, que á mí me parece detestable en todo momento y sazón. Sé por experiencia que el Estado enseñará mal; pero es el único que enseña.

La enseñanza elemental—en el sentir del Sr. Bullón—debe tener, ante todo y sobre todo, un sentido educativo. La educación se refiere, en labios del señor Director general de primera enseñanza, más al cultivo, más al desarrollo de la sensibilidad que del entendimiento. Posición perfectamente razonable y discreta. La educación es la que gradúa la temperatura moral de los niños, mas para su eficacia se precisa acaso la renovación del personal. El Sr. Bullón lo sabe muy bien, y tal vez por eso, antes de intentar reformas escolares, las prepara de lejos, reformando las enseñanzas de las Escuelas Normales.

Conviene hablar,



D. ELOY BULLÓN  
Director general de primera enseñanza, que cursó sus estudios en la Universidad de Salamanca  
FOT. ALVIACH

con toda clase de respetos para las excepciones, del personal que se recluta en las Escuelas Normales españolas. Soy de natural tan inocente que no aludo á nadie, pero no llega mi inocencia hasta el extremo de sospechar que exceptúo á los que, desde luego, se den por aludidos en lo que diré inmediatamente.

Me parece que algunos maestros no tienen conciencia honda de su misión educativa. Observo que anidan pocos ideales en el corazón, que lo esperan todo del nepotismo, que no creen cosa mayor en la santa igualdad docente, que adrede se echan atrás para que no se arroje demasiada luz sobre sus actos. Quiero decir, hablando en romance, que, en sus líneas generales, el magisterio normal es y se conceptúa inferior al restante profesorado. Lo más grave de todo es su propio juicio. Todas las reformas en la enseñanza elemental tropezarán con ese escollo. El señor Bullón lo sabe tal vez y por eso prepara, pasito á paso, los maestros ideales. Los esclavos no pueden educar á la niñez, y para ser esclavo, tanto

vale serlo, como no siéndolo, conceptuarse como tal.

Y acaso es más grave ésto que aquéllo.

Con estas premisas, el Sr. Bullón abordó el problema de la reforma de la enseñanza elemental. No necesito encarecer que el Director general de primera enseñanza salió del paso con gran desenvoltura. Para probar que no se había dormido, enumeró todas las modificaciones que ha llevado á la *Gaceta*. Ha dado impulso á las mutualidades escolares, á las cantinas, á las colonias veraniegas. Ha creado becas en las Normales para que las disfruten alumnos distinguidos, que, mediante oposición, hayan dado pruebas de su capacidad. Se ha preocupado atentamente del material pedagógico. En una palabra, el Sr. Bullón, sin descuidar el fundamental problema educativo, que exige gran cautela y larga y subterránea preparación, ha trabajado con celo y entusiasmo en la higiene, en la limpieza de los edificios escolares, que eran viveros de enfermedades, antros de melancolía y cavernas prehistóricas, donde la enseñanza, alegría del espíritu, se trocaba en el más insoportable de los yugos.

ooo

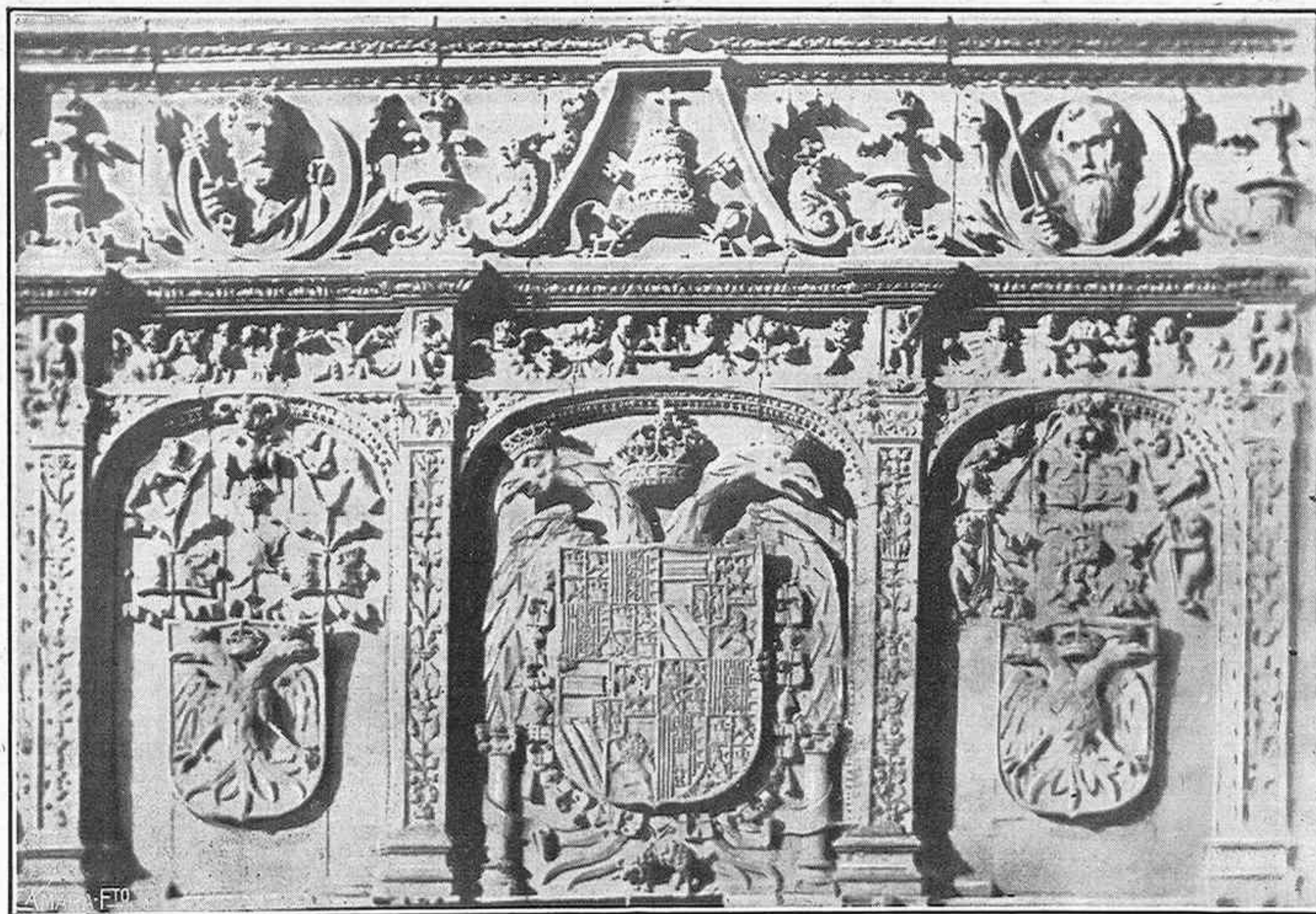
Como hablaba en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el Sr. Bullón, el vaho de ensueño y de gloria vieja que allí se respira, conmovió profundamente el ánimo del orador al evocar glorias pretéritas. La Universidad de Salamanca pesa demasiado sobre nosotros. Nos invita al silencio más recogido y austero. Aquellas piedras, aquellos muros rellenos de vitores escolares, aquellos ventanales góticos, cantan para los oídos que saben escuchar con unción y delectar, sin necesidad de andadores, por las páginas de la historia solariega. Y oiréis las estrofas de la vida del campo á Fray Luis, y escuchareis las algaradas con que los estudiantes de todas las naciones os atruenan en las primeras horas mañaneras, y vereis al brujo de don Diego de Torres con sus compases y sus esferas y sus almanaques y sus predicciones reclusando bobos, y sentireis la música callada de un frailecito de sayal pardo que se llama Juan de Yepes, componiendo versos mientras el profesor le inicia en los misterios del Dogma, y os dareis cuenta del eco de la voz de un escolar que se llama Miguel de Cervantes, pobre y angustiado, huyendo de los estudiantes ricos y burlones, y hasta percibireis, con más precisión, la barandilla de aquellos graves doctores del siglo XVII que proscribían, por indignos, de la docencia universitaria, las disciplinas experimentales.

La Universidad de Salamanca, donde se forjó á golpes de ensueño nuestra adolescencia, tiene la virtud generosa de darnos la visión de una España que retoña y se vigoriza, limpia de sauces, y á la sombra de sus muros, y en el silencio inefable de sus aulas, se desvanecen, como ante los ojos de una mujer—mujer y madre es aquella Escuela—, los más negros pesimismo y las incertidumbres más ahincadas en el corazón.

Por eso, el discurso del Sr. Bullón, que corrió de adolescente por aquellos patios y aprendió los versos que decoran el remate de las puertas de las aulas, fué un discurso de afirmación y de osadía juveniles, templadas con esa contención que es patrimonio de los políticos que no quieren gobernar de espaldas á los tiempos.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Salamanca, IX-1915.



Detalle de la fachada principal de la Universidad de Salamanca

FOT. VDA. DE OLIVÁN



RESTOS DE LA CALLE PRINCIPAL DE LA BASSÉE, UNA DE LAS LOCALIDADES MÁS FLORECIENTES DEL NORTE DE FRANCIA, Y QUE QUEDÓ TOTALMENTE ARRASADA POR LA ARTILLERÍA DURANTE UNO DE LOS ÚLTIMOS COMBATES ORIGINADOS POR EL AVANCE FRANCO-INGLÉS, Y AL QUE SE REFIERE EL ADJUNTO DIBUJO

Dibujo de Gordon Crosby

# LOS MONUMENTOS NACIONALES

**T**RISTE manía é inveterada costumbre es aquella tan íntimamente arraigada en el ánimo de casi todos los españoles, que nos hace esperar todo del Estado, todo confiarlo á su sabiduría y esfuerzo. ¡El inmenso caudal de espléndidos monumentos artísticos de España, encomendado á su custodia y vigilancia se encuentra desgraciadamente, triste es decirlo, en el más completo abandono, en el más lastimoso olvido, en desoladoras ruinas! No es ciertamente achacable esta incuria y este desastre en que yacen, á los celosos vigilantes que de ellos están encargados; libreme Dios de calumniarlos de ese modo; la causa estriba en que los recursos del Estado, aquellos que trabajosamente puede dedicar al sostenimiento, defensa y restauración de sus monumentos *son exiguos y mezquinos* para que pueda acudir y hacer frente á tan apremiante necesidad, como calamitosamente el tiempo, con su destructora pasividad, le va preparando.

Prueba evidente de que mis quejas no son vanos lamentos, podría constituir una visita de inspección á todos los llamados Monumentos nacionales. En su mayoría están totalmente abandonados y en aquellos pocos en los que se trabaja, llévanse las obras con lentitud tal, que quizás las generaciones actuales desesperen de verlas terminadas. Allí donde el cacique de la localidad, no muestra empeño, interesando al Ministro, el templo se derrumba, el monumento perece.

A pesar de todo esto, si el caso que se propusiera á la consideración de la Real Academia de San Fernando, fuese, presentando el monumento como yaciendo en el olvido de la región, en el total abandono del pueblo en que estuviere enclavado, todavía sería yo el primero en venir á suplicar á todos y cada uno de los miembros de tan ilustre corporación, que tuviesen á bien informar favorablemente para que fuese incluido entre los Monumentos nacionales. Pero por fortuna, la célebre Cartuja de Miraflores no se encuentra en ese caso. No trato de hacer aquí la historia del Monasterio; sólo deseo llamar la atención sobre su actual estado. En la Cartuja, por raro azar, existe comunidad de monjes, tal y como su fundadora lo concibió, que es celosísima y fiel custodia de aquellos monumentos que encierra. Los desastres sufridos, tuvieron lugar cuando los pobres monjes fueron cruelmente despojados de su propiedad, llegando á venderse hasta la huerta del Cenobio. En aquellos años de triste ausencia todo estuvo abandonado y á merced del olvido: entonces se aventaron hasta las cenizas de los reyes que guardaban los sepulcros. ¡Serenada aquella tempestad, se instalaron de nuevo é hicieron obras de consideración y desde entonces la Cartuja se salvó! Además, perteneciendo á la Mitra de Burgos, como ayuda de parroquia de Cortes, se encuentra también bajo la celosa tutela y salvaguardia del Prelado y puede demostrarse, con toda evidencia, que tanto la dignísima Comunidad como los señores Arzobispos, han sabido, en todo tiempo, sacrificarse para que el monumento no sufra el menor deterioro. Sus tejados vienen siendo cuidadosamente recorridos; por parte alguna se ven goteras, ni cristales rotos, ni nada, en fin, que indique la necesidad de encomendarlo á la intervención del Estado. Lo que quizás haya determinado á la Comisión de Monumentos de Bur-

gos, á elevar á la Academia la petición de que sea contada entre los Monumentos nacionales, es que ha llegado á su noticia que tenía el Prelado el pensamiento de proceder á realizar algunas obras.

El temor de que estas pudieran quizá redundar en perjuicio del referido monumento, ha movido á la Comisión, acaso excitada por un exceso de celo, á dirigir esta moción á todas luces perjudicial. Pero las obras de que se trata no son más que de ornato, las demás son innecesarias; se trata sencillamente de colocar la Iglesia en el mismo ser y estado en que se encontraba, cuando su fundadora, la gran reina católica, confió su construcción á los Colonias. Tan laudable propósito, digno del mayor elogio, por todos conceptos, tiene además la garantía de que esas obras habrán de ser dirigidas por un arquitecto diocesano, con idéntico título del que pueda ostentar el que pudiera dirigirlas por cuenta del Estado. También podría suponer la referida Comisión, que fuese difícil allegar los recursos necesarios; efectivamente, este verano se pidió al respetable Sr. Director de Bellas Artes, alguna cantidad para emprender las referidas obras, y á pesar de sus buenos deseos (tenemos entendido que en el presente año cerrará con un déficit de cerca de 20.000 pesetas este capítulo) le fué imposible acudir en ayuda del monumento por no estar catalogado como nacional; pero tenemos también noticia, de que después iniciase una subscripción en pro de las obras de la Cartuja y en seguida empezaron á contarse

algunos miles de pesetas; todo hace suponer un éxito, dado el entusiasmo despertado en Burgos, que contra la opinión de la Comisión de Monumentos, no quiere ser despojada de él aunque tenga que hacer para alcanzarlo todo género de sacrificios.

El Prelado de una parte, los burgaleses y por último todos los amantes de las bellezas que aquel Monasterio encierra, dispuestos están á defenderlo. Porque si, como es de suponer, el Estado no puede acudir en la medida que para lo futuro las necesidades reclamen, como desde el momento en que empieza á dispensar su acción tutelar, toda otra intervención y ayuda está totalmente vedada, queda el temor, muy fundado por cierto, de que vaya á ocurrir con el célebre Monasterio lo que acontece con El Párral, El Paular ó Santa María de Huerta y tantos otros Monumentos nacionales. A este propósito recuerdo que cuando el ilustre Marqués de Cerralbo, me enseñaba este maravilloso edificio, contiguo á un su palacio, en ocasión que fué á visitar los enormes trabajos de laboriosa hormiga, con los que ha sacado de las entrañas de aquellas cuencas del Jalón ciudades prehistóricas enteras, me refería que él venía cuidando de aquel edificio durante toda su vida; sus techumbres eran recorridas al par que las de su mansión; los carpinteros y los vidrieros seguían sus obras, como si se tratase de una prolongación de la residencia del sabio Marqués; todo fué bien hasta que el Monasterio de Santa María de Huerta fué declarado Monumento nacional; desde entonces está condenado el ilustre prócer á presenciar la ruina, cuyos progresos paulatinamente va constatando.

Velada la acción particular, desde el momento en que se coloca al edificio bajo la salvaguardia del Estado, si éste no tiene medios para poder acudir con la premura que esta clase de trabajos requiere, dicho se está que el ser declarado el edificio de que se trata Monumento nacional, sinónimo será, como acontece en la mayoría de los casos, de decretar su ruina.

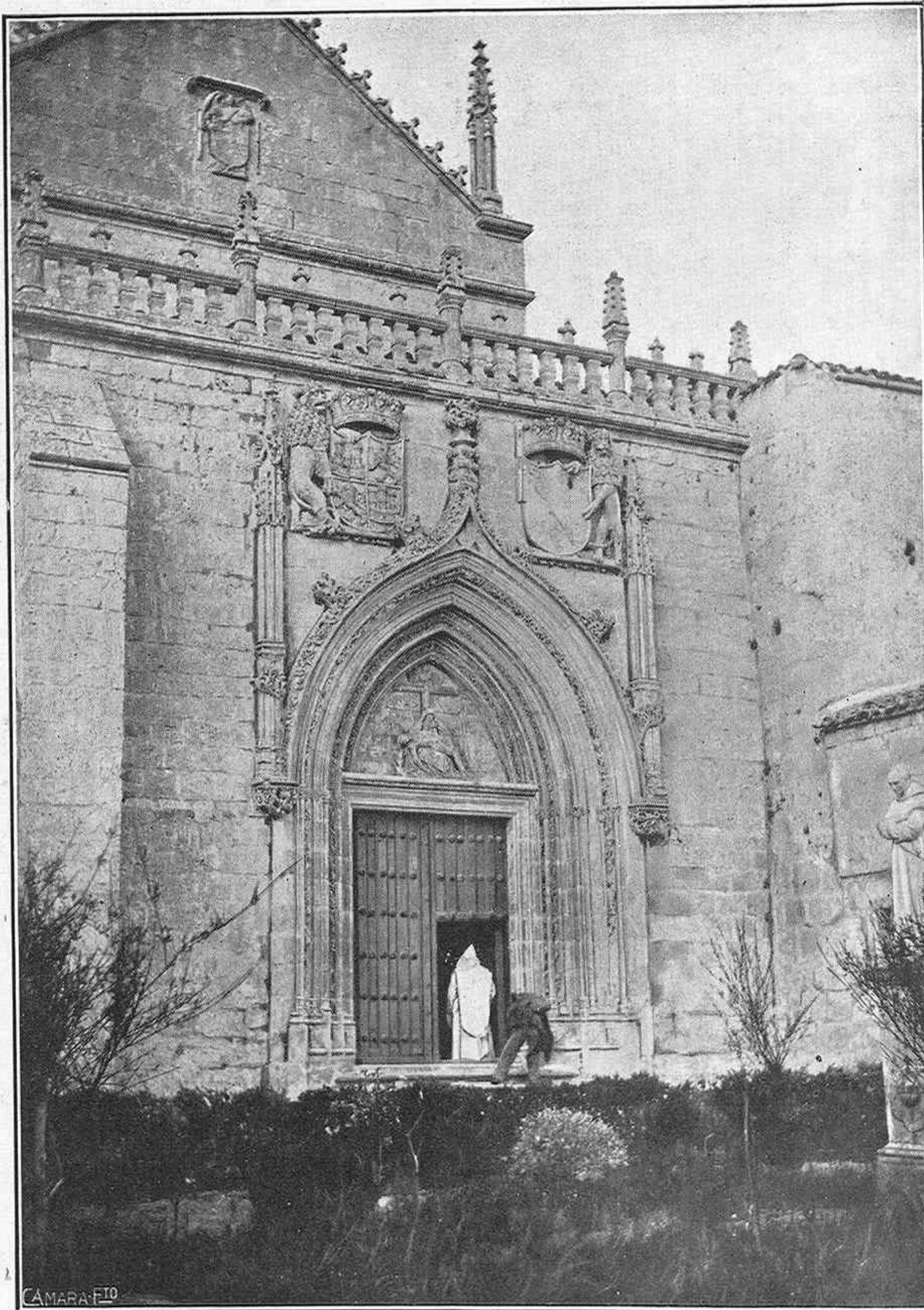
Por otro lado, no parece son los actuales momentos los más apropiados para hacer esta clase de declaraciones, pues el Gobierno recomienda parsimonia en los gastos en todos los departamentos ministeriales y llega á mi noticia el rumor de que la ya exigua cantidad de 500.000 pesetas que ha venido dedicándose á estas apremiantes necesidades de los Monumentos nacionales, quedará reducida en los próximos presupuestos á 250.000 pesetas.

EL CONDE DE LAS ALMENAS

ooo

En nuestro número del 17 de Octubre publicamos una fotografía de la llamada «mirilla gótica», de la Cartuja de Miraflores, diciendo que había desaparecido. Hoy podemos asegurar que dicha mirilla (sustituida, en efecto, por una reproducción, para evitar aconteciese con ella lo que con su compañero el aldabón, hace años robado) existe en poder del Sr. Arzobispo de Burgos, el que la reserva sitio de honor en el museo diocesano que piensa formar. Del sepulcro de D. Juan II no han desaparecido tampoco las cuatro estatuas de los ángulos. Lo que se ha hecho ha sido restaurar, á guisa de ensayo, algunas estatuas de la parte inferior del monumento.

N. DE LA R.



Puerta de la iglesia de la Cartuja de Miraflores (Burgos)

FOT. VADILLO

OBRAS DE ENGRANDECIMIENTO DE BARCELONA  
**EL HOSPITAL DE SAN PABLO**

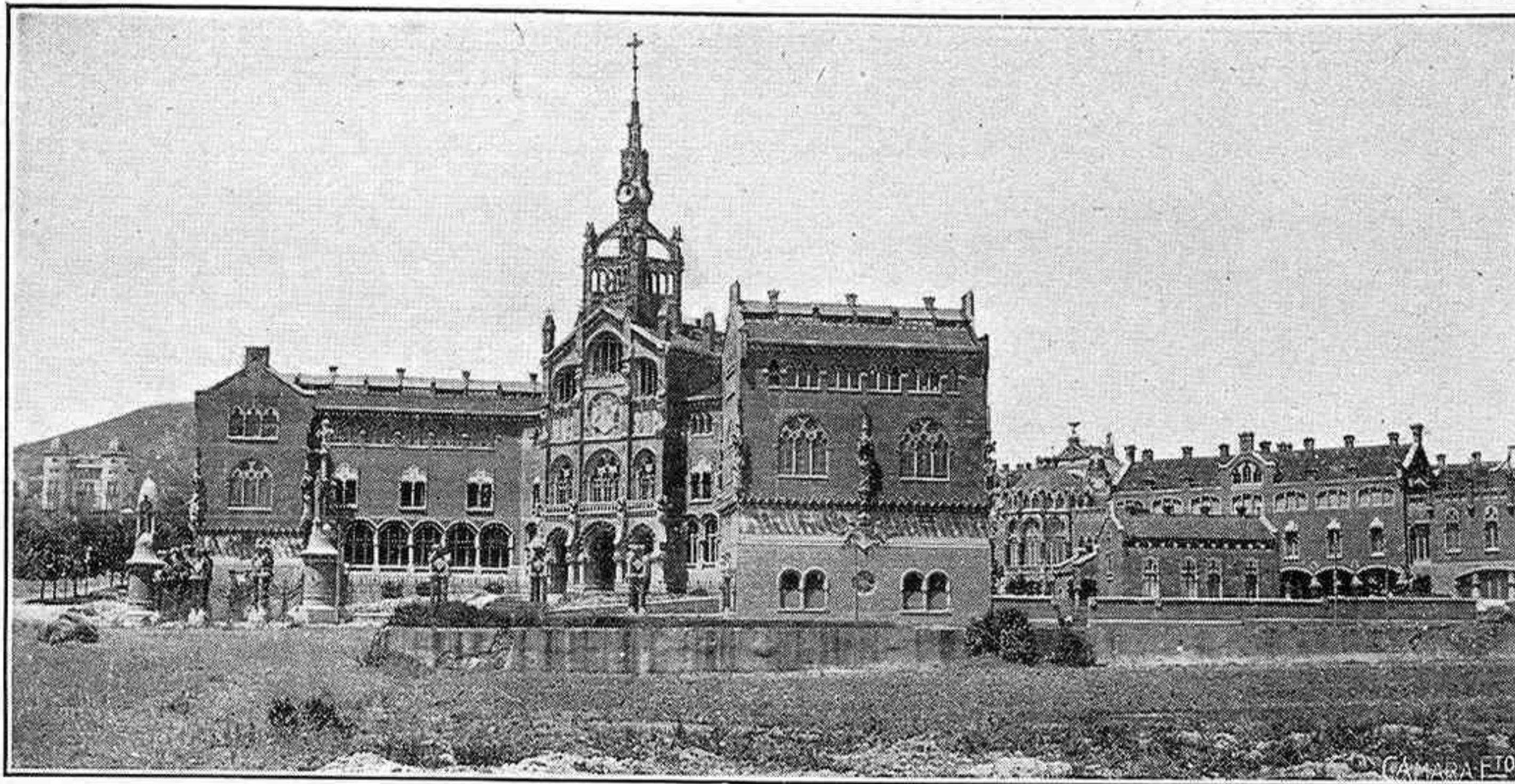
EN obras de urbanización, de engrandecimiento, de mejora, la capital de Cataluña marcha á la cabeza de las poblaciones de España. En todos los asuntos en que no interviene la política, puede ponerse como ejemplo de actividad, de energía y de inteligencia la población de Barcelona, porque el carácter catalán es entero y emprendedor, espeditivo y práctico, y si no desvirtuaran tan hermosas cualidades los fogosos apasionamientos de esos exaltados vividores de la política que excitan el sentimiento regional para esgrimirlo como la más formidable de las armas en beneficio propio, sin más altos fines que el medro personal de los que forman la agrupación, aún sería más lisonjero el presente de la bella ciudad, más rápido y portentoso su progreso, más digna de admiración la obra de su avance industrial y urbano, porque no distraído su pensamiento en estas infructuosas luchas de ideas, condensaríase en el noble propósito, en la provechosisima labor de engrandecimiento moral y material, que tan sazonados frutos produce y de manera tan decisiva influye en el bienestar de todos.

Aun esterilizadas muchas energías por efecto de esos antagonismos caciquiles que entorpecen la obra, la capital de Cataluña progresa por virtud de la particular iniciativa más que por efecto de la labor de sus diputados y municipales, que como en toda España, atienden á la intriga, al cabildeo, al teje maneje de la política rastrera con preferencia á todo lo que significa recta y prudente administración de los públicos intereses que á tan torpes y poco escrupulosas manos confió la ciudadanía.

Esa virtud del esfuerzo privado, particular ó colectivo que en Barcelona se manifiesta con caracteres más enérgicos que en ninguna otra población de España, contrarrestando la obra funesta de la pública administración, realiza el milagro de hacer que el mejoramiento de la capital marche en progresión ascendente. A ese esfuerzo débense las obras modernas de mayor importancia y á él continuarán debiéndose otras muchas que han de contribuir poderosamente al esplendor de la ciudad.

□□□

El grandioso hospital de San Pablo, cuya construcción comenzóse hace muy cerca de los tres lustros, es hoy una de esas importantes obras que Barcelona no



Fachada principal y vista de conjunto del Hospital de San Pablo, en construcción

tendrá que agradecer á los directores y administradores del público cotarro, sino á la filantropía y magnificencia de un particular que legó la suma cuantiosa que su edificación exijía.

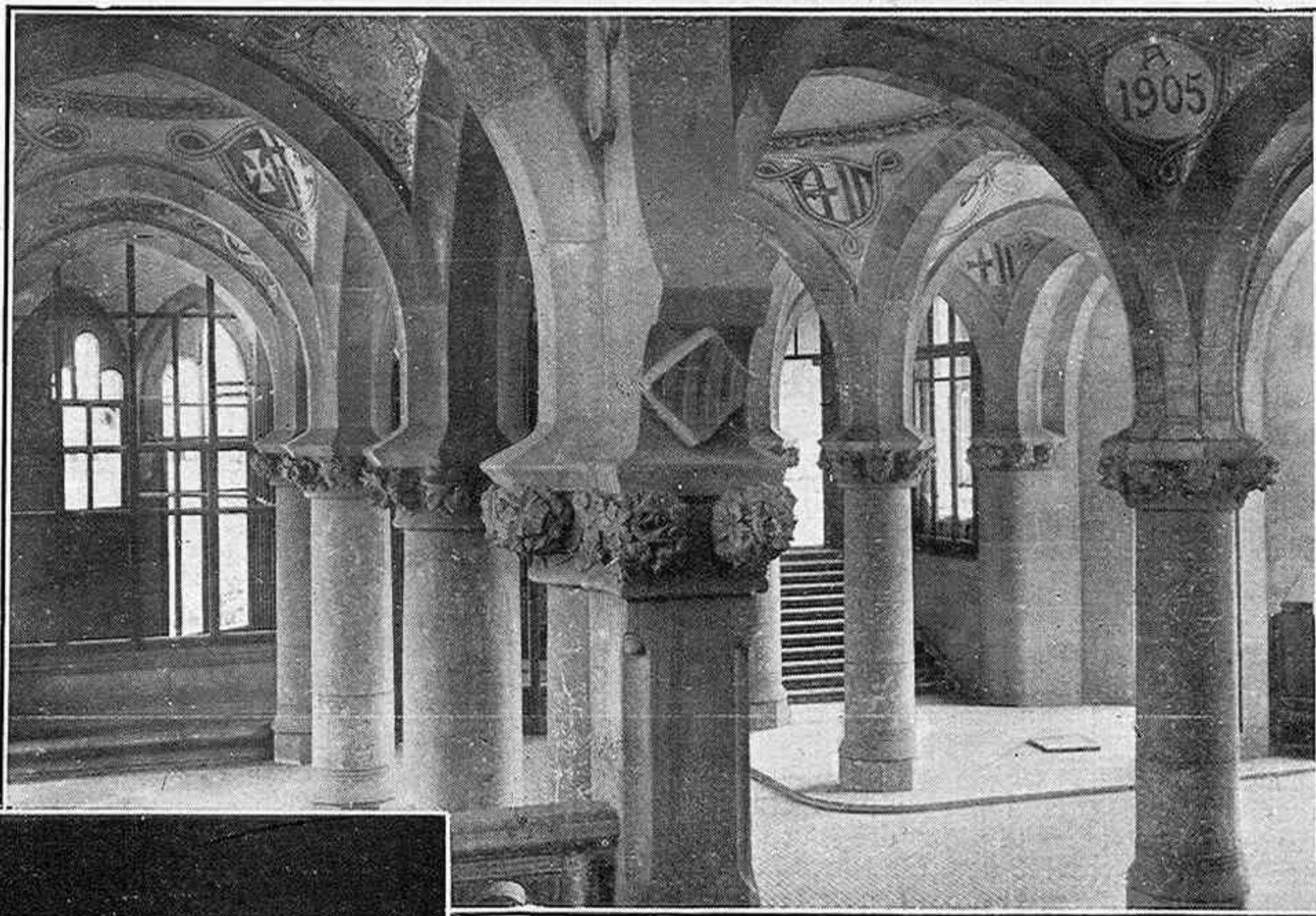
La capital de Cataluña, como la corte de España, estaba necesitada de un hospital así, pero no lo hubiera tenido en mucho tiempo si hubiera aguardado la satisfacción de esta necesidad de los elementos oficiales.

Más afortunada que la capital de la nación ha de ver pronto realizado ese beneficio merced al rasgo altruista de un particular.

Por acá continuaremos lamentando el espectáculo bochornoso

y cruel de no tener donde albergar á los enfermos en esos días en que la crudeza de la temperatura aumenta en proporciones aterradoras el número de pacientes necesitados.

Esa grandiosa institución de que pronto podrá enorgullecerse Barcelona, cumple con exceso, satisface con creces, todas las necesidades de



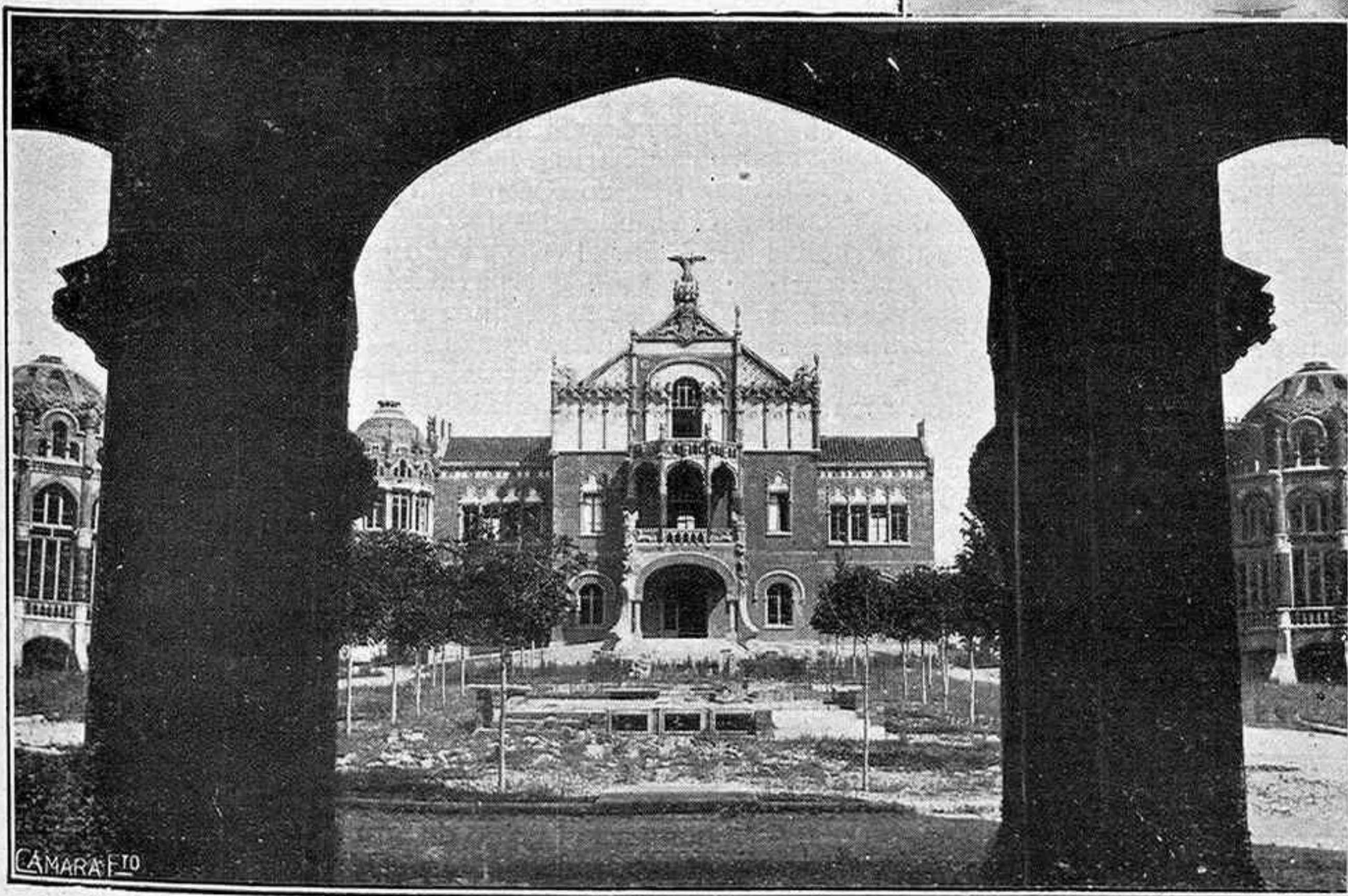
Gran patio de la entrada principal

las construcciones consagradas á este objeto, y digo con exceso, porque no solamente es una obra magnífica desde el punto de vista de sus condiciones higiénicas, de su amplitud, de su distribución en grandes pabellones aislados que se comunican subterráneamente y de cuanto la ciencia moderna puede exigir, sino que es además, desde el punto de vista arquitectónico, una obra admirable, digna por su buen gusto y por la hermosa construcción del ilustre arquitecto Sr. Domenech y Montaner, á cuyo talento se debe.

Y este carácter artístico, suntuoso y alegre que ha de ofrecer la flamante construcción, no se reducirá á la parte externa, sino que embellecerá también las enfermerías, las dependencias todas del hermoso edificio.

La superficie total del terreno en que se ha levantado este gigantesco hospital es de ciento veinticuatro mil metros cuadrados; este dato bastará para formar una idea aproximada de la magnitud de la obra y de su importancia, como las fotografías que publicamos permiten apreciar lo que ha de ser como construcción apropiada al objeto á que se la destina y como trabajo arquitectónico.

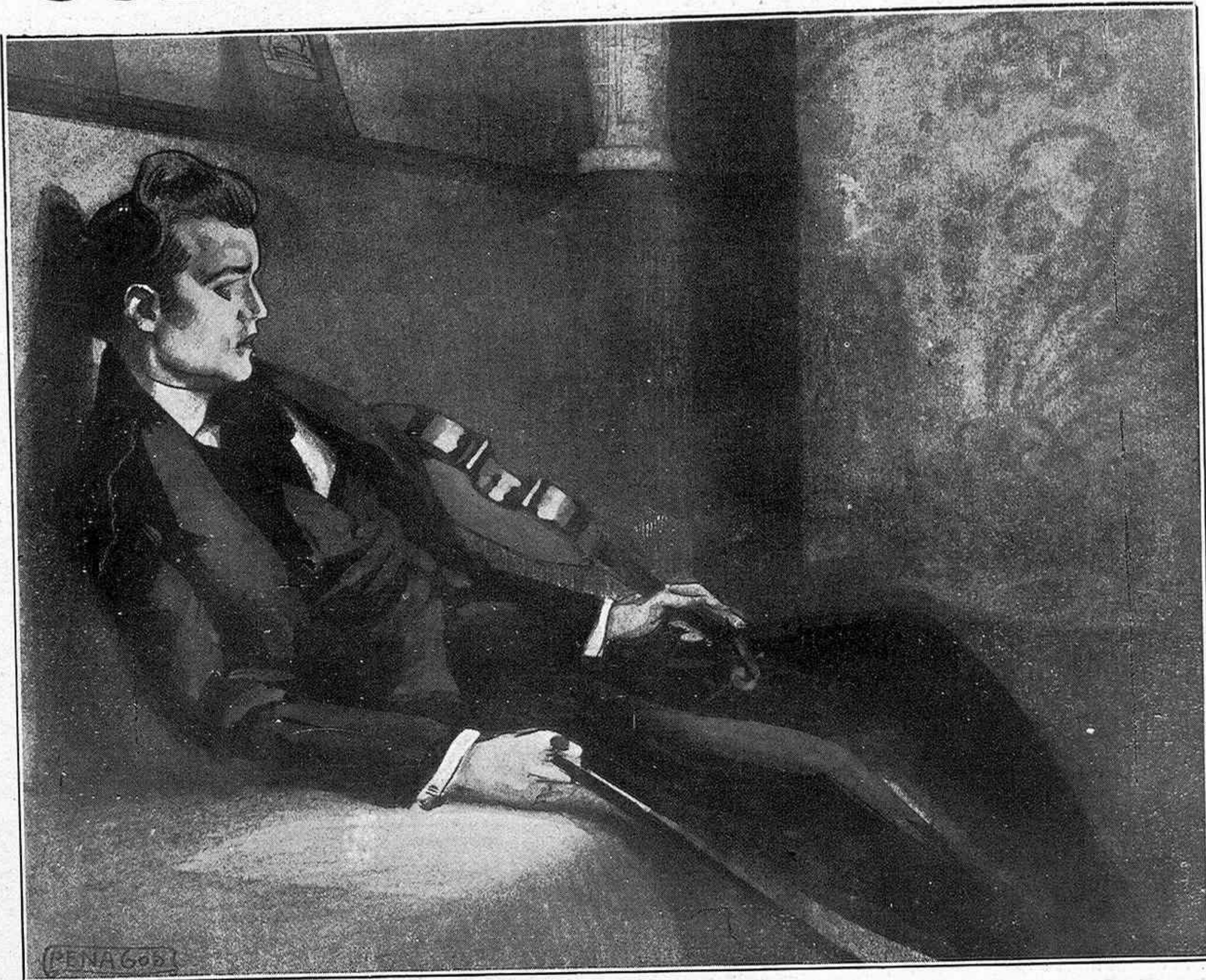
JUAN BALAGUER



Vista de uno de los pabellones ya construídos, aislados unos de otros, pero que se comunican subterráneamente

FOTS. P. VIVES

## Cuentos Españoles



## AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos y de caudales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatarse a la muerte una segura presa; pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y á la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, á mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado á las tinieblas quien gozó una vez el espectáculo de la Naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtiéndose rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en cultivar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, á la esperanza de que la ciencia lograra devolver á la cámara oscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clichés produce la contemplación de la Naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado á la música, encontró en el divino arte alguna compensación á los placeres que le robara la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reunióse en torno del marquesito una corte de maestros y compositores, artistas famosísimos, que

pronto hubieron de considerarle camaradas. Como siempre, el arte superó á la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban á veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada desahucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín, que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas sustituyeron á los rayos del sol, la armonía al colorido, los motivos á los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales á los sublimes espectáculos de la Naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó á considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos, inspirados á veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al ciegucecito obligándole á la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse á un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado á orillas del Océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar á la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado á su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el Real á los más notables artistas de la época en aquellos tiempos que como sueños se representaban á su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por transmigración, sin duda, del espíritu encarnaba ahora en su ser. Y á la caída de la tarde salían padre é hijo á hacer largas expediciones por los lugares

inmediatos, bien á orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo á su delirio artístico, pues ni aun en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo á su desdicha.

Era entonces cuando su inspiración llegaba á más felices concepciones, improvisando bellísimas onomatopeyas, en que combinaba los sublimes ruidos de la Naturaleza con el estado de su espíritu entristecido: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos y plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el dúo de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando á sus oídos llegaron ecos de lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, *Elsa* respondía á las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que á Alfredo produjo aquella inesperada y gratísima conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del ciegucecito, reduciendo el suceso á las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan sólo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedose para sus adentros con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido al protagonista de su ópera favorita.

Aun más, adivinaba que aquella mujer también sufría y también como él buscaba un amor que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesario más para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo, violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual halagüeño resultado. Al canto de *Raul* respondió *Valentina*; al de *Radamés*, *Aida*; al de *Sansón*, *Dalila*; al de *Hamlet*, *Offelia*...

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto*, salvando las distancias, llegaron a confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban a encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aun más que a los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inesperada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza a los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con ma-

za de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer, de la desgracia.

Y así transcurrían pesadamente días y semanas, renovándose padre e hijo las mismas fantásticas promesas.

Por fin, a las constantes demandas de los padres, presentose un día en el castillo un oculista inglés, más sabio ó más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron a inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La verá! ¡La verá! ¡Podré buscarla!, repetíase sin cesar el ciegucecito.

Idea fija que hubiera acabado con su razón a prolongarse la espera.

Y así aguardó encerrado en su gabinete, convertido en cámara obscura, ocho días de impaciencia mortal exigidos por el médico para

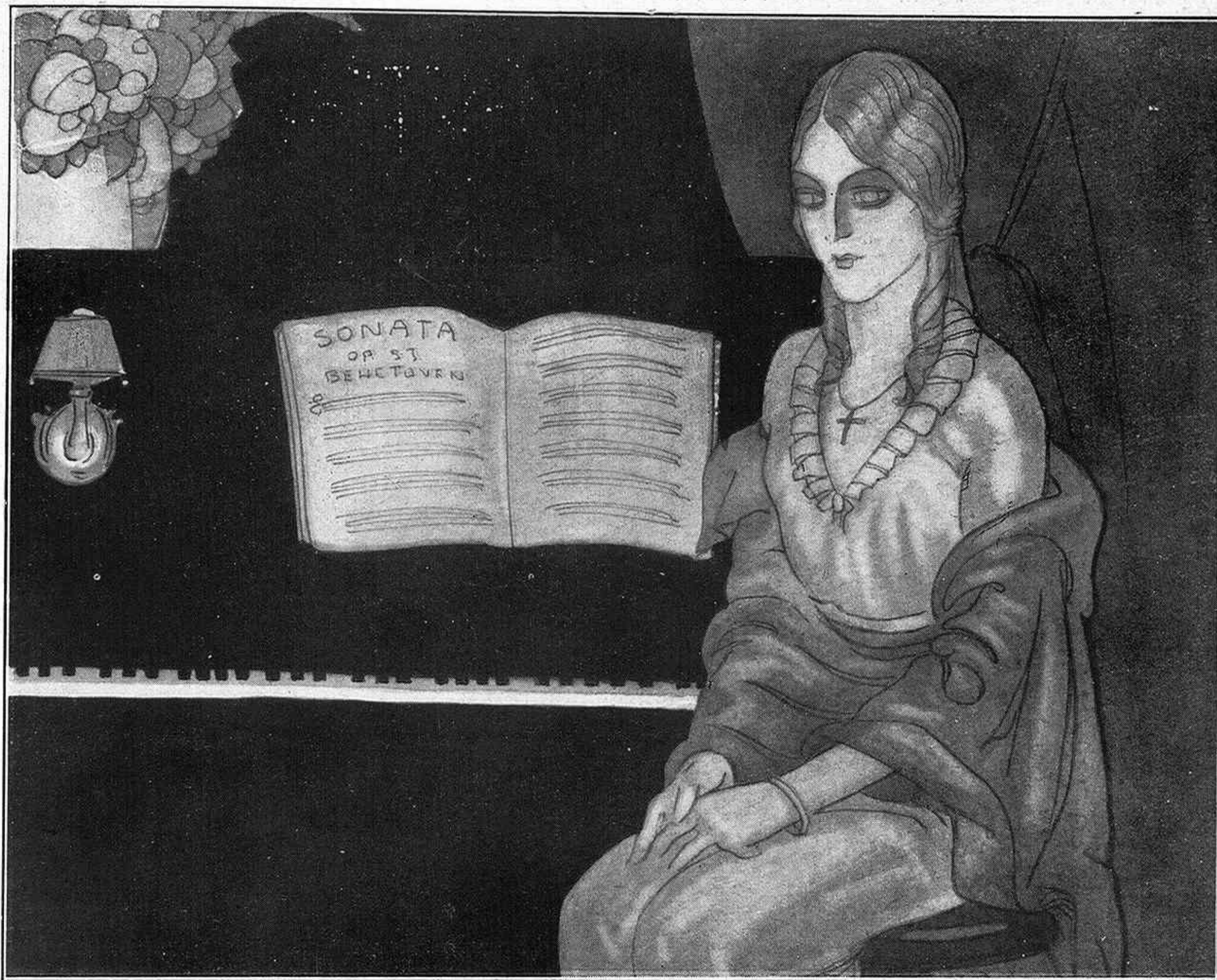
el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles, ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Pasó así largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió a la realidad y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: «¡Me ha olvidado!»

ooo

Pocos días después en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres irritaban de emoción ante la gran seguridad del doctor famoso; éste preparaba con orgullosa calma, atento a los más nimios detalles de la *mise en scene*, la solemne demostración de su gran triunfo, y Alfredo repetíase aun en las convulsiones de su esperanza incierta: «¡Por fin podré verla! ¡Iré a buscarla!»

Quitó el doctor las vendas al ciegucecito, leván-



por violencia, el deseo de verla: estériles protestas sugeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar a los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con la esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde a la cita tácitamente convenida entre los amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.

Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega un aristócrata matrimonio inglés, cuya hija, de diez y ocho bellísimos años, buscaba en las playas meridionales algún alivio a la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, revelados en la facilidad de acomodarse a la diversidad de emociones estéticas a que él la había sometido como prueba de la impresionabilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?—preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

—Pronto, hijo, pronto—replicaba el padre casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperan-

asegurar el éxito de la operación que restituiría la felicidad a aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla. Y el oculista dedicó sus diarias visitas a conservar el fuego sagrado de la esperanza.

ooo

A la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecía eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada a los balcones del jardín, castigando su débil pecho con la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas, con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta a cuantos rumores llegaban a su oído, esperando en vano el eco de un amor ideal en que cifró todas sus ilusiones.

A veces iniciaba en el piano alguna de las melodías favoritas, tanto como gritar: «¿Estás, bien mío?» Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la Naturaleza parecía responder a sus oídos de tísica: «¿Quién piensa en románticas fantasías?»

Una madrugada pasó por la carretera inmediata al jardín la ronda de mozos tocando los guitarreros. «¡Ya está!», se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en

tóle los recortes azulados que tapaban sus ojos y abriendo tímidamente la ventana, le dijo con imperio:

—¡Mira!

Gritó el enfermo, loco de alegría; cerró en seguida los ojos, como miedoso del mundo ya olvidado, y al volver a abrirlos, intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente a contrarrestar la alegría del invencible triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó a preguntar:

—¿Entierran a una joven?

—Sí—contestó el médico—. Una infeliz compatriota mía, gran artista; estaba tísica. ¡Pobre Lady Betty!

—¡Lady Betty!—rugió Alfredo.

—¿Acaso la conocías?—exclamaron los padres sorprendidos.

—No—les replicó, cayendo desvanecido—. ¡La adoraba!

A. AGUILERA Y ARJONA

DIBUJOS DE PENAGOS

NUESTRAS VISITAS

NIEVES SUÁREZ

A loir mi pretensión hizo un gesto cómico de espanto y entre risas protestaba:

—No, no, jeso sí que no!...  
—Pero ¿por qué, Nieves?—inquirí yo.  
—Porque es usted muy malo; á lo mejor se descuida una en la conversación y... ¡caramba!... Por ahí dicen que tiene usted muy mala intención.  
—Eso será con las personas que lo merezcan; pero ¡por Dios! ¡Usted, Nievécitas, es un ángel!... Si hablar con usted es purificarse un poco: es como dar un gran paseo por el campo en una mañana muy alegre y de mucho sol...  
—Sí, sí; ¡un ángel!, ¡un ángel!... Fíese usted de este ángel...

—¿Qué? ¿qué?, ¿tiene usted muy mal genio?...  
—Soy muy rabiosilla, y me gusta salirme siempre con la mfa... Antes, cuando empezaba á caminar por la vida, ¡era un tiro!; ya... voy acostumbrándome á ser una malva...  
—Es que no hay mejor sedante para los nervios que la vida misma.  
—Ya, ya...  
Ni un momento durante nuestra conversación se apagaba la risa en el rostro blanquísimo de Nieves...  
Es esta mujer la alegría misma, con unos ojos muy negros, y tan brillantes, que parecen tener una luz dentro de las pupilas; con una

melena como la endrina, corta, rizada y en artístico desorden; con una boca muy fresca y unos labios muy sangrientos. El cuerpo gentilísimo de Nieves estaba envuelto en una elegante bata de seda color rosa, chorreada de encajes.  
—¡Qué cuello tan feo tiene usted, Nieves!—la dije, admirado de la blancura y redondez de su descote... Parecía hecho con rosas y nardos... Ella reía á carcajadas, con esa risa contagiosa y cascabelera...  
—¿Qué le vamos á hacer?... Pero dígame usted, ¿ha venido usted á sacarme las faltas...?  
—¡Ya le ha dao!—exclamé, recordando la popular y graciosa frase de *La Samaritana*...

Estábamos en una lujosa salita de su casa... Sobre las mesas se hallaban los retratos de la Guerrero, la Martos, la Palou, Mendoza, Benavente, los Quintero y el doctor Barajas... Todas las dedicatorias tenían una flor para las simpatías de Nieves...  
—Pues mire, amigo «Audaz», con el timido ese de *Ya le ha dao*, casi no puedo andar por la calle... Siempre me lo están diciendo alrededor... Ayer tuvo gracia; verá usted: un pollo al pasar me dijo: «Ya le dió»...; yo entonces me volví y le dije: «No; es *Ya le ha dao*». El muchacho se azaró un poco.  
—Usted ¿es de Madrid, Nieves?...  
—Sí... sí, de este Madrid de mi alma.  
Y al decir esto, parecía que estrechaba á Madrid contra su pecho.  
—¿Cómo se iniciaron en usted sus aficiones teatrales?...  
—Yo soy actriz gracias á la maestra del colegio municipal á donde iba... Yo era una niña muy mala, muy traviesa; pero muy aplicada... Leía muy bien, sobre todo el verso... Y cantaba mucho...; pues, bueno, mi maestra me tomó mucho cariño y me propuso seguir la carrera de profesora de la normal ó declamación... Yo opté por la segunda, y ella, la pobre, me llevó al Conservatorio y me pagó de su bolsillo la primera matrícula...

Se detuvo Nieves; yo esperé en silencio; ella continuó:  
—La directora del Conservatorio era entonces doña Teodora Lamadrid, que fué mi maestra, y á la que debo todo lo que soy; pero la carrera entonces eran seis años; ¡una muerte!... figúrese usted, ¡la juventud de una mujer!... Yo sólo estuve allí cuatro años...  
Salí contratada por María Tubau...

—¿Qué edad tenía usted entonces?...  
—Diez y siete años...  
—¿Estaba usted tan bonita como ahora?  
Protestó Nieves con enojo cómico.  
—¡No sea usted guasón!... ¡Estamos hablando en serio!...  
—Pues en serio es mi pregunta...

—Estaba más alegre y más joven...  
—Vamos á ver: ¿Y en qué obra obtuvo usted el primer éxito?...  
—En *El cuento del tío Marcelo*, haciendo un papel muy dramático... Después en la *Toñuela*, de Juan José, y ya tuve la suerte de acertar, y todos los papeles fueron éxitos... Y desde entonces hasta hoy, he trabajado en casi todos los teatros de Madrid.

—¿Y en cuál le ha gustado más trabajar?



CÁMARA-FID

—Como teatro, la Comedia es el ideal; pero á Lara yo le tengo mucho cariño... ¡Mucho!... Todo lo bueno y lo malo que me ha pasado en esta vida ha sido durante mi estancia en Lara... ¡Aquel escenario para mí encierra muchos recuerdos!...

Nieves hizo una pausa mientras en su imaginación revivía el pasado... Dejó de reír, y con la cabeza baja, posaba sus divinos ojos negros en sus finas manos de alabastro... Seguramente no las veía: su mirada estaba dentro de su alma recorriendo el camino andado.

—*Ya le ha dao*— exclamé yo intencionadamente, y reí...

—¡No se ría usted con esa risa mefistofélica!... ¡Cuidado qué hombre!...

—¿Con que quedábamos en que Lara es el teatro donde usted ha trabajado con más gusto?...

—Sí, señor...; además de todo, es que yo ya tengo allí hecho mi público.

—Y ¿cuál es su obra preferida?...

—Son dos, sobre todas: *Rosas de Otoño* y *Malvaloca*.

—¿Cuáles son sus diversiones predilectas?...

—El teatro; trabajar... No; se lo digo á usted de verdad; para mí, la mayor alegría y la mayor distracción es trabajar... Yo, sin el teatro, ó sin algo del teatro, no puedo vivir. Cuando me retire pondré en mi casa un tablado para representar comedias, ¡claro es!, que contando con la indulgencia de las amistades... Además, yo tengo mayor cariño al teatro porque mientras que estoy trabajando, hasta en casa, la miran á una mejor...

Yo reía...

—¡De verdad!— insistió ella—Hágase usted del teatro verá usted como hasta la criada le sirve á usted con más gusto... A mí, por lo menos, me pasa eso... Y si tengo un éxito todas son sonrisas alrededor...

¡Había un fondo tan verdad y tan triste en esta pequeña observación de la eminente actriz!... Continuamos.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando, Nieves?...

—¿Se lo digo á usted?... ¡Veintidós años!... Y durante este tiempo seguramente no he dejado de trabajar ni diez meses... ¡Ah! pero pronto pienso retirarme...

—¡Caramba!... ¿Cuándo?...

—En cuanto llegue á característica... Mientras que esté así, entre dos aguas, la cosa va buena; pero en el momento que tenga que ponerme tiznones y pelucas blancas me quedo en mi casita...

—¿Por qué?

—Porque yo estoy segura que para característica no sirvo... Mi voz, mis nervios, no se adaptan, ¡qué sé yo el motivo!...

—No lo creo... ¿Por cuál género siente usted predilección, por el cómico ó por el dramático?...

—Miré usted, lo cómico me lo encuentro hecho... ¡no tengo que estudiarlo siquiera!... Lo dramático me gusta mucho; pero estoy convencida de que no *llego* al público... Me pasa lo mismo que haciendo papeles de malvada... El público no me cree capaz ni de estar trágica ni de hacer una traición... ¡Es un fastidio!... ¡Créalo usted!...

—¿Tiene usted ahorrado mucho dinero?...

—Ganar, he ganado mucho; ahorrar, poco, ¡muy poco!...

—¿Cuánto es ese poco?... Puede usted decirme en confianza, que yo no haré uso de sus ahorros...

—Ja... Ja... ¡Ya lo sé!... Unos veinticinco mil durillos, mal contados, tengo reunidos.

—¡No está mal... No está mal!... Lo tendremos en cuenta.

—¿Cuál es su cualidad característica?...

—¿Mi cualidad característica?... —meditó— No sé; muchas... Soy muy caprichosa y muy distraída... Distraída, ¡una cosa atroz!... Verá usted lo que me pasó el otro día por este defecto mío: Estoy haciendo los cuarenta credos de San Luis, porque le he pedido al Cristo tres cosas y las tres me las ha concedido...

—¿Es verdad eso?— pregunté asombrado.

—Tan verdad, hijo mío... Pídale usted lo que quiera, verá usted qué pronto se lo concede. A mí las tres, ¡las tres!..., y le advierto á usted que una de ellas era muy gordita...

—¿Qué cosas le pidió usted?...

—¡Hombre, eso no se dice!...

—A mí sí, porque soy el *confesor*...

—Le pedí: que se me arreglara el asunto del Conservatorio; contratarme en Madrid; y... la otra... se la diré al oído; pero con la promesa de que no la diga á nadie...

Nieves deslizó unas palabras á mi oído las



Nieves Suárez, en su gabinete, estudiando uno de sus papeles

FOTS. CAMPÚA

cuales yo ya he olvidado. Después continuó en alta voz:

—Bueno, pues verá usted; todas estas tardes tenía que salir del ensayo corriendo para llegar á San Luis antes que cerraran... El día del ensayo general de *La Samaritana* se me hizo muy tarde, y claro, abandoné el escenario con la preocupación de si no llegaría á tiempo... «¡Dios mío, que no esté cerrado!»—iba yo pensando—. Y tan obsesionada caminaba con mi Cristo, que al salir por el pasillo de la Zarzuela y pasar por la portería, donde siempre se halla un portero muy gordo, en vez de decirle adiós, ¡me santiagué delante de él!... ¡Figúrese usted!... Las compañeras soltaron el trapo á reír... Pero ¿qué te ha pasado?—me preguntaron—Yo, sin poder explicar mi distracción, dije: «No sé, como no lo haya confundido con San Roque, que es así, gordito y moreno como él»...

Campúa retorciase de risa en una butaca... Las carcajadas debían oírse en la Plaza de Santa Ana...

—Dígame usted, Nieves, ¿cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?...

—El día que nació mi primer hijo, porque á mí me gustan los chicos con delirio; ya se lo puedo á usted asegurar; si yo no hubiese tenido chicos habría sido una desdichada!...

Y mientras Nieves decía esto tan bonito, yo pensaba: ¡Qué buenas son las mujeres que quieren ser madres!...

La voz cristalina de la gran actriz volvió á saltar con la loca alegría de un cascabel ó de un chorro de agua...

—¡Por Dios!... Cuidado con lo que dice usted, que le mato!... Mire usted, ¡que le mato!...

EL CABALLERO AUDAZ



LA ESFERA

# CONCURSO DE BELLEZA



CAMARA FOTO

H. Doce.

## SRTA. CARMEN GASCÓN

Linda señorita, hija del director de "La Liga Agraria", D. Juan Francisco Gascón, ex Delegado Regio de Enseñanza, de Madrid, que ha obtenido el primer premio en el Concurso de Belleza organizado por nuestro estimado colega "Blanco y Negro"

FOT. KAULAK



## EL MUNDO DE LA NADA

Triste y sagrado recinto:  
soledad, quietud, silencio,  
luz que se pierde en la sombra  
del dolor y del misterio...  
¡Es el mundo de la nada,  
es la mansión de los muertos!

.....  
Aquí yacen los despojos  
y el no ser de los que fueron  
cumbre del Arte y la Ciencia,  
monarquía del talento,  
perfección de la hermosura,  
monopolio del dinero,

y son, por inexorable  
ley de Dios y ley del tiempo,  
substancia que se corroe,  
materia de pudridero;  
y lo que fué carne ardiente  
es de mármol y es de hielo  
y más tarde será polvo  
¡y ni polvo será luego!...  
Predilectas de la suerte,  
soberanos de abolengo,  
tesoros de la belleza,  
aristócratas del genio:  
¿dónde están vuestros espíritus,  
dónde las almas que huyeron?

¿qué ha sido de vuestra gloria?  
¿qué fué del orgullo vuestro?  
Todo se ha extinguido, todo:  
la esperanza y el deseo,  
el cascabel de la risa  
y el grito del sufrimiento;  
las pasiones exaltadas,  
el mentir de los afectos...  
todo se oculta en la fosa,  
todo se pierde allá dentro.  
De vuestra insignificancia  
se esfuma el final de un eco;  
dejásteis por el camino  
la vaguedad del recuerdo,

y aquí todos sois iguales,  
iguales, pues sois... ¡los muertos!...

ooo

Triste y sagrado recinto:  
soledad, quietud, silencio,  
luz que se pierde en la sombra  
del dolor y del misterio,  
sepulcro de vanidades  
y sepulcro de los cuerpos...  
¡En el mundo de la nada,  
todo lo humano es pequeño!

FEDERICO GIL ASENSIO  
DIBUJO DE JUAN LUIS

# DE NORTE A SUR

## Remy de Gourmont, desaparece...

Otra muerte que parece simbólica en estos días calenturientos de la gloriosa Francia. Remigio de Gourmont, que llevaba una vida oculta, silenciosa por su amor a los libros y por su vergonzoso dolor de una enfermedad terrible, embarcó ya en la nave que nunca retorna...

¿Quién era Remigio de Gourmont? Aún en Francia se lo preguntará mucha gente, si la muerte de un hurgador de bibliotecas pudiera interesar ahora que tantos hombres se desangran al aire libre.

Remigio de Gourmont era un espíritu selecto y mediocre al mismo tiempo.

Escribió toda clase de libros y no podríamos, sin embargo, clasificarle ni como novelista, ni como poeta, ni como cuentista, ni como historiador. ¿Entonces? Como crítico, más bien. Tenía los cólicos erudísticos de los críticos literarios y carecía de sensibilidad como casi todos los críticos literarios.

Su lista de obras asusta, anonada, confunde y abruma; pero de ellas no queda nada perdurable. Desde 1895 comentaba, a su manera, la actualidad en el *Mercure de France*. Conoció, pues, los tiempos gloriosos de esta Revista y los tiempos decadentes, soporíferos, en que ni las descargas piruetas de Rachilde nos hacen sonreír. Primero en sus *Epílogos*, luego en sus diálogos entre el señor *De la Calle* y el señor *De la Casa*, Remigio de Gourmont barajaba quincenalmente altas ideologías con candidas torpezas; atisbos luminosos y eclipses de inteligencia. Era un hombre extraño porque nos desconcertaba para juzgarle con entera seguridad de no equivocarnos.

Por cierto que de algunas de las crónicas quincenales de Gourmont conservamos un recuerdo poco grato. Es del Epílogo XCIV titulado *Civilización* y publicado en el número 295 del *Mercurio de Francia*.

Aludía a nuestra guerra de Melilla—¡oh año de 1909, que sabes a sangre y hueles a cadaverina!—y decía, entre otras cosas peregrinas y absurdas, que los españoles guerreamos «contra las chumberas, los perales (*sic*), los jardines (*sic*), los campos y las casas»; que éramos más salvajes y menos prácticos que los marroquíes—riferos nada más, D. Remigio—«puesto que ellos se comen los higos chumbos y nosotros los *dinamitamos* (*sic*)»; que somos «unos bárbaros que tenemos pensado incendiar todo Marruecos... si nos dejan».

Todo esto tendría alguna importancia si el autor de *Cœur virginal* no hubiera dicho a continuación la siguiente enormidad:

«Verá usted. Se trata de un tal Marina general español, que ordenó al señor Restinga, otro general (¡¡!) que persiguiera su marcha hacia el Sur. Así, pues, Restinga prosiguió la marcha hacia el Sur y...»

Es demasiada ignorancia ¿verdad? Y sin embargo. Remigio de Gourmont pasaba por conocedor de las letras españolas é incluso firmó la traducción—que no hizo, naturalmente—de una novela pseudo española, *La gloria de Don Ramiro*. Rubén Darío, en un bello romance le decía:

Nieto de Conquistador  
por tu sangre de Cortés  
puedes ornar tu blación  
con signos que aquí en España  
mejorara sólo Dios...

No; no era sangre de Hernán Cortés la que llevaba Remy de Gourmont en las venas. Des-



Un teatro en el campamento alemán

FOT. HOPPER

centía de una familia de libreros, tipógrafos y grabadores. Su sino se fijó en el polvo de las imprentas y de las librerías, no en el polvo de las batallas y el choque de guerreros arneses.

Tenía ahora cincuenta y siete años y un corazón amargado por todas las privaciones de los gozcos que hacen amable la vida. Más que su enfermedad le mató la erudición. Erudición, ya lo hemos dicho antes, demasiado repartida, puesto que al lado de la *Physique de l'amour* tenía *La culture des idées*; fundó y dirigió la grave, seduda *Revue des Idées* y se desquitaba con las rustiqueces sensibleras de *Simone* ó las reminiscencias simbolistas de *Le Chemin de Velours*.

Pero sus obras más características son aquellas que se ceñían al frondoso árbol del lenguaje, como *Esthétique de la langue française*, *Le latin mystique*, *Le problème du style*...

Pero todo ello á muy pocos metros sobre el nivel literario. Era un oficinista de la literatura, uno de tantos rezagados que salen con los elegidos de su generación y que luego las generaciones siguientes olvidan ó desconocen, que es peor.

### Las piruetas trágicas

Los soldados son almas sencillas é ingenuas. Si no, no serían soldados y por lo tanto no ha-



REMY DE GOURMONT

Ilustre escritor francés, que ha fallecido recientemente

bría guerras. Con la misma inconsciencia matan al prójimo y se dejan matar ellos, que levantan barracas de feria para divertirse y divertir á sus compañeros.

En los campos de ocupación y en los campos de concentración, los soldados prisioneros de su patria ó de la patria ajena, olvidan la muerte que les ronda, representando comedias, jugando á deportes higiénicos ó dando saltos mortales y haciendo pantomimas en improvisados circos.

Las representaciones teatrales son, naturalmente, patrióticas. En ellas surgen los primitivismos estéticos de cada raza. En los argumentos y en el diálogo, resucitan graciosas y burdas

concepciones. En la indumentaria predomina la chillería, el mal gusto populares. Instintivamente hay que retroceder á otros siglos para encontrarnos el alma con una fraternal limpieza de toda clase de conocimientos y civilizadores prejuicios. Sólo así podríamos contemplar con interés y sin compasiva amargura las comedias que representan esos pobres mozos embriagados de patriotismo, de esclavitud y de barbarie.

Las representaciones, ya lo hemos dicho, son patrióticas. El papel de traidor y de cobarde se reserva siempre al actor encargado de representar un alemán si la comedia es entre ingleses ó franceses y de un inglés si la comedia es entre alemanes.

Al final, como en las apoteósicas obras de la época de nuestras guerras coloniales, se agitan banderas, suena el chin-chin de platillos, el desgarrado metálico de las cornetas y el redoble de los tambores. Se grita ¡Viva esto! ¡Muera lo otro! y por lo menos, durante unos minutos, se olvida el soldado de que todo eso tan rimbombante que acaba de oír y de aplaudir, significa la miseria y el abandono de su hogar, las dolencias suyas y tal vez su muerte en el fondo nauseabundo de una trinchera...

Pero todavía son más trágicos los circos levantados en los campamentos durante los descansos de batallas. Ni siquiera se habla con palabras refulgentes: patria, honor, heroísmo, valor, gloria... El hombre descendiendo á la categoría de payaso ó se cubre de pieles de animales feroces cumpliendo un acertado símbolo que están muy lejos de comprender. Familiarizados con el peligro, imaginan saltos, finflanes, y piruetas que los más hábiles gimnastas no se atreverían á imitar; hacen juegos malabares con bayonetas y balas auténticas; un hábil tirador repite la hazaña de Guillermo Tell con un compañero de regimiento, que ya se acostumbró á no temblar frente á los disparos... Sobre los caballos prontos á encabritarse con el olor á pólvora y á cadáveres descompuestos, caballos que cocearon cráneos cálidos aún, saltan los jinetes ágiles, vestidos de grotescas amazonas...

Y también, á veces, la muerte no espera á que termine la fiesta circense para llevarse á sus elegidos.

En uno de estos circos improvisados se desnucó un hombre. Repentino calofrío de presentimiento, estremeció á sus compañeros. En silencio desmontaron el circo y se sentaron mediatumbos en el fondo de sus trincheras.

Alguien dijo:

—Bien pudo esperar á mañana. Siquiera hubiese muerto «gloriosamente».

Tenía razón, porque así, «gloriosamente», murieron casi todos al otro día...

José FRANCÉS

REMITIDO DESDE LA HABANA

## EL BANCO NACIONAL DE CUBA

**C**ÁBENOS hoy la satisfacción de aprovechar una oportunidad en asunto de vital importancia mercantil y del cual depende el porvenir económico de la joven República Cubana, para dedicar unas líneas á la importantísima entidad cuyo nombre encabeza este artículo y á la personalidad de su Presidente el señor W. A. Merchant.

El asunto palpitante hoy en Cuba, tanto ó más que su riquísima producción azucarera, en auge extraordinario en estos momentos, por las circunstancias que ha favorecido á este país el estado de guerra entre los países productores de azúcar de remolacha en Europa, es la *cuestión monetaria*.

Se debate aquí ahora, es patrón de moneda, y como Cuba siempre lo tuvo por tipo ó base de todas sus negociaciones en oro, al cesar la soberanía española en la isla, y controlado el comercio y la industria casi en su totalidad por los norteamericanos, fué adoptada como legal la moneda americana, y los centenes (moneda de oro española de veinticinco pesetas) y el luis (moneda de oro francesa de veinte francos), que tenían aquí una prima de un seis por ciento, para lograr que no hubiera emigración de ese precioso metal, fueron declarados aceptables en las cajas del Estado por un valor en relación con el tipo entonces corriente del cambio sobre los Estados Unidos. Reunidos entonces en este mercado el oro español, el oro francés, el oro americano y la plata española y americana, se hacía poco menos que insoportable y difícil de entender, para el que no estuviera acostumbrado, el saber cuánto capital tenía ni qué le costaba lo que compraba ni cuánto lo que vendía.

El Gobierno cubano decide entonces adoptar una moneda nacional en oro y fragmentaria en plata, metal únicamente, y con una ley y disposiciones á ella relativas, trazando reglas que serán más ó menos discutibles y más ó menos buenas ó malas, pero respondiendo á un fin de alta mira, resuelve el problema y da por concluido aquel maremagnum, llevando á cabo la vital y necesaria resolución de *tener una sola moneda*.

La entidad que acometió con el Gobierno esa obra y que mejores condiciones ofreció, la que por su nombre y su historia corta, pero gloriosa, que así puede decirse, merece todos los prestigios, fué el *Banco Nacional de Cuba*. El fué quien hubo de ocuparse en la acuñación de esa moneda nacional cubana y quien la habría de llevar á la circulación del Tesoro público.

Ese Banco, fundado poco después del cese aquí de nuestra soberanía, es el depositario y pagador del Gobierno de la República cubana y el de mayor movimiento en este país, donde existen otros de muchísimo crédito y de positiva solvencia.



W. A. MERCHANT  
Presidente del Banco Nacional de Cuba

El Banco Nacional de Cuba, que en estos últimos años ha sostenido en gran parte con sus préstamos cuantiosos y liberales la industria azucarera, la más grande y positiva fuente de riqueza de este bello país, cuya producción representa sólo en ese ramo la enorme cifra de *ciento sesenta millones de dollars*, enorme en relación de sus pocos habitantes, ese Banco, decimos, es el que verdadera y únicamente se ha arriesgado, dándose exacta cuenta y con perfecto conocimiento de la fuerza productora de Cuba, á sostener y dar impulso á las industrias todas y al comercio, españoles en su mayor parte, brindando las facilidades precisas para dar vida y engrandecimiento al movimiento económico de este país. Y ahora especialmente, en estos críticos momentos, ayudando á sostener el patrón oro, abriendo cuentas en esa especie en dicho Banco.

Y el mayor auge de ese Banco, la marcha de avance impresa á la institución que tal nombre ha alcanzado, ha coincidido con la entrada en su directiva como vice Presidente en un principio y ahora con el alto cargo de Presidente del mismo, de uno de esos hombres que llevan consigo la simpatía personal y la clara inteligencia asociadas á un perfecto conocimiento del país.

El Sr. W. A. Merchant nació en los Estados Unidos é hizo allí sus estudios en la Academia militar del Estado de Virginia, empezando á dar-

se á conocer cuando por cuenta y orden del Gobierno americano se ocupó en el deslinde de territorios en los Estados de Nuevo México y Colorado. Más tarde pasó á México, ocupando puestos importantes en empresas ferrocarrileras y prestando servicios en la conocida Agencia Mercantil R. G. Dun & Co. de fama universal. Más tarde, y con carácter de Director general de esa Agencia, se estableció en la Habana, donde se dió á conocer, demostrando sus grandes facultades financieras, su fácil penetración y su perfecto conocimiento del carácter latino, captándose las generales simpatías de comerciantes y particulares, y muy especialmente en el elemento español, y adquiriendo un nombre respetable y querido.

En 1905 entró á formar parte del Consejo de dirección del Banco Nacional de Cuba como vice Presidente, y en aquel importante puesto, con gran habilidad, acierto, espíritu recto y justiciero y siendo de hecho el jefe del Banco, fué dando con sus energías y tesón, ayudado del Consejo de directores, compuesto de hombres todos de envidiable reputación financiera y capacidad superior, fué dando, digo, impulso á la Institución que hoy es, si no la más importante, una de las de más importancia en Cuba.

En este año de 1915, el Sr. Merchant ha sido elegido Presiden-

te, y su modestia, no obstante el alto puesto que ocupa, no le permite dejar de ser como antes fué, el hombre más fácil de tratar y más amigo de comerciantes é industriales, especialmente el verdadero benefactor de los hacendados cubanos cuando tan necesitados estuvieron, en épocas anteriores á esta fecha, de Bancos que le sostuvieran y les alentaran en las luchas que contra los remolacheros han venido sosteniendo.

Cuba ha sabido resolver su problema, sirviendo de satisfacción á los que con este país tienen relaciones de negocios, el saber que á pesar de desaparecer de aquí el oro español y el oro francés, queda vigente el patrón oro, sostenido por el Gobierno y por los Bancos que abren sus cuentas en esa especie para sostenerlo. Cuba cuenta con entidades bancarias que le ayudan á sostener su indisputable crédito, y entre estas entidades se destaca el Banco Nacional de Cuba, bien conocido de nuestro comercio y que está representado dignamente en Madrid por el Banco Hispano Americano y en Barcelona por la respetable Casa Alberto Alvarez, S. en C. Publicamos en esta página el retrato del Sr. Merchant, Presidente de tan importante Banco que en todas las ocasiones ha sabido demostrar sus simpatías especiales á los españoles residentes en Cuba.—E.

Habana, 30-IX-15.

LA PRIMERA CASA DE LA GRAN VÍA  
**EL HOTEL DE ROMA**

**L**a primera construcción que se ha inaugurado en la Gran Vía, ha sido la destinada al Hotel de Roma, hermoso edificio que por su severidad suntuosa será uno de los que más embellezcan el primer trozo de la calle y por su índole el que mayor animación le proporcione.

Al acto de la inauguración, que se efectuó en la tarde del 3 del actual, asistió S. M. el Rey, acompañado del marqués de Viana y el conde de la Unión, siendo recibido por el Jefe del Gobierno, el ministro de la Gobernación, el Gobernador, el Alcalde, los dueños del Hotel Sres. Yotti y otras ilustres personalidades, en el hermoso «hall», donde un sexteto, oculo tras una empalizada de plantas, dejó oír los acordes de la Marcha Real.

S. M. visitó varios departamentos del Hotel y sus dependencias, haciendo grandes elogios de las excelentes condiciones de ellos y del buen gusto, la elegancia y el confort que se observa en su instalación.

En el bello salón de lectura fué obsequiado el Monarca con un espléndido lunch, bebiendo el champagne en una artística copa de oro, regalada al Hotel por el Sr. Prado Palacio, quien como es sabido vive en el Hotel de Roma.

En el despacho particular que el Alcalde tiene en el Hotel, firmó Su Majestad la primera página del album de la casa.

La situación que ocupa el edificio suntuoso y elegante del Hotel de Roma en el primer trozo de la Gran



Vista del nuevo edificio del Hotel de Roma, situado en la Gran Vía, de Madrid

Vía, es inmejorable. Sus propietarios, tan inteligentes y tan versados en esta industria, han hecho del nuevo edificio del Hotel algo tan bello y cómodo, tan útil y adecuado á la índole de esta clase de instalaciones, que puede afirmarse que es lo mejor de cuanto existe en la capital de España, no obstante lo que de poco tiempo á esta parte se ha adelantado en esto.

Llama la atención de cuantos conocen el Hotel de Roma el exquisito gusto del mobiliario con que han sido alhajadas las habitaciones, no solamente las de más alto precio, que son verdaderamente lujosas, sino también las más modestas.

Merece calurosos elogios la casa Manuel López, de la calle Serrano, 17, constructora de muebles, que es la que se ha encargado de este importante servicio, llevando á efecto la misión que le confiaron los señores Yotti, con un buen gusto que excede á toda ponderación, tanto en lo que se refiere á la belleza y á la variedad de estilos, cuanto á la riqueza de las telas y á la esmerada y elegante construcción de todos los muebles, lo mismo en la parte de ebanistería que de tapicería.

El crédito de la importante casa Manuel López, queda nuevamente afirmado con esta obra, digna del prestigio de que disfruta.

Los elegantes stores, cortinajes, alfombras, aparatos de luz y visillos que contribuyen al bello decorado de las habitaciones, obras primorosas y que en buen gusto y arte pueden con-



S. M. el Rey, acompañado del Presidente del Consejo, el Gobernador civil, el Alcalde-Presidente y otras aitas personalidades, visitando el «hall» del Hotel de Roma, el día de su inauguración

FOT. CAMPÚA

# Baronnie

EL MÁS  
DELICIOSO PERFUME  
DE MODA

GELLÉ FRÈRES  
PARIS



PRÓXIMO A PUBLICARSE

**Este es el mal de que agoniza España...**  
por DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más de 200 páginas, **2,50 ptas.**

Los corresponsales de PRENSA GRÁFICA pueden hacer sus pedidos a esta Administración

En la República Argentina, SRES. ORTIGOSA Y COMPAÑÍA, Rivadavia, 698, Buenos Aires

**ORO Y PERLAS**

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

**PÉREZ HERMANOS**  
Zaragoza, 9, y Fresa, 2  
TELÉFONO NÚM. 2.449

FOTOGRAFÍA

**BIEDMA**

ALCALÁ  
23  
HAY ASCENSOR  
Casa de primer orden



**EDUARDO SCHILLING**  
(Sociedad en Comandita)

**ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE  
EFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS**

Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca "JABALÍ"

MADRID      BARCELONA      VALENCIA  
Alcalá, 14      Fernando, 23      Paz, núm. 13

Lea Ud. los viernes la revista ilustrada

**NUEVO MUNDO**

**CASA RUIZ PELETERÍA**

Grandes surtidos para la próxima ESTACIÓN DE INVIERNO.

POSTAS, 2, Tienda y Entresuelos, Teléf. 1.662 -:- MADRID

Fruta laxante refrescante  
contra el

**ESTREÑIMIENTO**

Almorranas, Bilis,  
Embarazo gástrico é intestinal, Jaqueca

**TAMAR  
INDIEN  
GRILLON**

París, 13, rue Pavée y en todas las farmacias

**Calzados LA IMPERIAL**  
Puerta Sol y Plaza Progreso



Brodequín ternera engrasada, para niño, 23 al 26, 7 ptas.; 27 al 29, 8 ptas.; 30 al 33, 9 pesetas. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.

**SE VENDEN**  
los clichés usados en esta Revista. Diríjanse a esta Administración, Hermosilla, 57

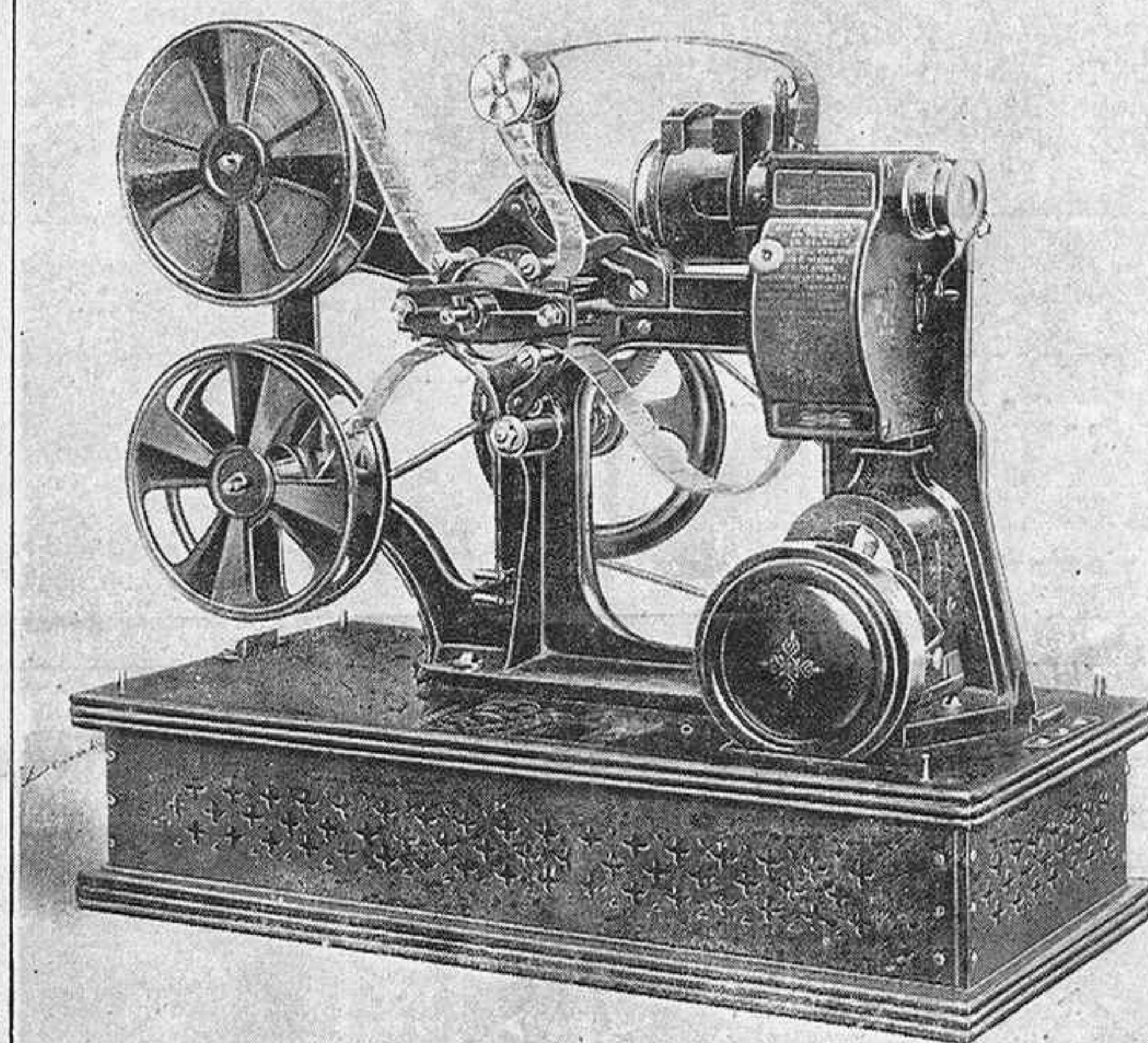
Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

**Librería de San Martín**  
PUERTA DEL SOL, 6  
MADRID

# CINEMATÓGRAFO



## KOK



No necesita instalación especial; no exige operador:  
un niño puede manejarlo sin el menor peligro \* Las  
películas son incombustibles \* Puede enchufarse á  
la instalación de una bombilla eléctrica corriente  
y puede manejarse á mano

AGENTES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

**VILASECA Y LEDESMA**      **MAYOR, 18**  
: entresuelo :